

*LA RECONQUISTA ESPAÑOLA.—Apuntes para la Historia de Chile. 1814—1817, por MIGUEL LUIS I GREGORIO VÍCTOR AMUNÁTEGUI.*

---

## BATALLA DE CHACABUCO.

---

Abascal en las tres expediciones que envió contra Chile, siempre tuvo la misma idea, subyugar este país por las armas o la política, dejar en él una parte de sus tropas para asegurar su dominio i dirigir las restantes sobre las Provincias Argentinas. Si conseguía apoderarse de Mendoza, como era fácil, amagaba por la espalda al ejército de Rondeau en el Alto Perú, e interceptaba los auxilios que le fuesen remitidos de Buenos-Aires. Tres jenerales, Pareja, Gainza i Ossorio recibieron a este respecto idénticas instrucciones; la invasion de las Provincias Argentinas debía ser la consecuencia i una de las principales ventajas de la reconquista de Chile. Ossorio estuvo a punto de realizar el encargo del virrei; pero la insurreccion del Cuzco, acacida en la misma época, le obligó a desmembrar su ejército, mandando 950 hombres al socorro de Pezuela, a quien este suceso habia puesto en el mayor apuro. Despues si en vez de ocuparse en poblar las cárceles i presidios con individuos inofensivos, se hubiera empleado en reclutar la jente necesaria para resarcirse de esta baja i cumplir con su comision, quién sabe cuántos años habria demorado la independencia de América. Una columna de 3,000 hombres que hubiera escalado los Andes, i se hubiera precipitado al otro lado con ese empuje peculiar del soldado recientemente victorioso, habria esparcido la consternacion entre los insurgentes del Plata. Ese ataque repentino por uno de sus flancos desconcertaba los planes de los argentinos, i los ponía a dos dedos de su ruina. No tenian otro medio de parar ese golpe terrible, que introducía al enemigo en su propio seno, sino oponerle una parte de las fuerzas que estaban acantonadas en otros puntos igualmente amagados, i que con este movimiento habrian quedado desguarnecidos. Un cambio semejante en las posiciones del ejército, en caso de verificarse, habria espuesto la confederacion al embate de diversos asaltos simultáneos, i entónces la república, trabajada como estaba por discordias intestinas, solo habria podido salvarse, a costa de grandes sacrificios, que la habrian dejado estenuada.

Aun suponiendo que la incursion proyectada por el virrei, no hubiera tenido un

evento tan próspero, como la destruccion completa del último baluarte donde se habia asilado la libertad americana, de todos modos estaba en la conveniencia de los realistas el intentarla. La ocupacion de una provincia que por su situacion habia llegado a ser el cuartel jeneral de los emigrados, que aprovechándose de su vecindad, podian perturbar el orden en Chile, mediante las influencias que debían dejar en él, i el aislamiento de Buenos-Aires en que por la misma evolucion se colocaba al jeneral Rondeau, eran dos resultados brillantes, que compensaban sobradamente las fatigas de una campaña en que no habia mas que mostrarse para triunfar. En aquel entónces Mendoza no contaba con elemento alguno de defensa, i habria caído en su poder sin disparar un fusilazo, porque el gobernador de Cuyo estaba resuelto a retirarse delante de los agresores, ántes que comprometerse en una lucha desigual. La posesion de esta comarca por las armas del rei habria dado a los acontecimientos un jiro mui diverso del que tuvieron, i hecho mas que dudoso el triunfo espléndido que despues alcanzaron los patriotas. Las presunciones humanas no son oráculos infalibles, la prevision es una facultad que con frecuencia nos induce al error; pero en el caso presente casi todas las probabilidades están porque la ejecucion del paso mencionado habria obstruido con un obstáculo invencible esa ruta que en 1817 inmortalizaron los independientes con sus victorias. Para no detenernos en comentarios inútiles, cuando versan no sobre lo que ha sucedido, sino sobre lo que pudo suceder, solo advertiremos en apoyo de nuestro aserto que si los españoles hubieran dado cima al atrevido pensamiento de Abascal ni habria podido levantarse en Mendoza el ejército restaurador, ni se habria por consiguiente recuperado a Chile, ni habria zarpado jamas de Valparaiso la escuadra que redimió al Perú.

San Martín que habia concebido el proyecto de recorrer el mismo camino señalado por Abascal a sus lejonas, aunque en orden inverso i con mui distintos designios, conociendo todo el alcance de semejante determinacion, temblaba de que el jeneral español adeptase la marcha que le convenia i asomase de un momento a otro sobre la cresta de la cordillera, cuando él no tenia preparado mas que la concepcion del plan. Pocas posiciones mas desesperadas i violentas que la suya; bullia en su cabeza una grande idea que entrañaba resultados maravillosos, la libertad de un mundo quizá, i esa idea fecunda, que en su imaginacion veia realizada, estaba próxima a abortar sin producir ningun bien, a consecuencia de una agresion estranjera, que no tenia como rechazar, i de obstáculos interiores, que en vano pugnaba por vencer. El pensamiento de organizar una expedicion que atacara a los españoles por mar i por tierra i los espulsara de sus principales establecimientos, parecia entónces una idea tan quimérica en razon de las innumerables dificultades con que se tropezaba para formarla, que cualquiera habria desesperado de rematar la empresa con acierto. Empero ninguna contrariedad, por amenazante que al principio apareciera, fué bastante poderosa para arredrar a San Martín. El héroe argentino pertenecia a esa familia de hombres obstinados a quienes ningun atajo es capaz de contener, i que cuando se han propuesto algun fin, o perecen en la demanda, o llegan al término prefijado cueste lo que cueste. Con un tacto esquisito i con una laboriosidad extraordinaria supo allanar los estorbos que embarazaban su carrera i tocar la meta, a despecho de los impedimentos que amigos i enemigos le opusieron.

El peligro mas inminente a que por lo pronto habia que proveer, era esa invasion exterior que el día ménos pensado podia descargar sobre la provincia de su mando i cojerle desprevenido; asi fué lo primero que trató de evitar. Cuando observó que Ossorio no pensaba en atacarle inmediatamente, procuró quitarle todo estímulo para emprenderlo. La astucia era la cualidad que predominaba en su carácter, como el arrojo en el de Bolívar. A ella recurrió para quitar a su incómodo vecino el deseo de hacerle una visita intempestiva, que le habria sorprendido en medio de los preparativos con

que se disponia para ir a desalojarle de su reciente conquista. Concibió que si le graba persuadirle que los mandatarios de Mendoza se ocupaban en transacciones mercantiles ántes que de contiendas i combates, se le calmarian en gran manera sus ánimos belicosos. El principal aliciente que debía influir sobre el capitán español para hacerle intentar una invasion, no podia ser otro que el temor de verse inquietado en la posesion de un país endonde aun no habia robustecido su imperio. Si se llegaba a hacerle creer que la capital de Cuyo distaba mucho de ser un campamento, no se necesitaba ser un calculador mui eximio para prometerse que Ossorio, sintiéndose asegurado en el reino que su buena estrella le habia deparado, pensaria en gozar los favores de la fortuna, i se entregaría a la grata tarea de consolidar su dominacion con preferencia a iniciar una campaña, abriéndose pasaje por entre la nieve i saltando por encumbradas cordilleras. San Martín no ignoraba que la victoria ha hecho estremadamente descuidados a grandes jenerales ¿cómo no esperar que deslumbrara a uno tan vulgar como era Ossorio? En conformidad con estas ideas acordó mostrarse apocado i humilde ante el conquistador de Chile, i reservar sus bríos para mejor ocasion. A fin de desarmarle le remitió una tras otra dos o tres embajadas a pedirle que no se rompieran las hostilidades, que segun las apariencias estaban próximas a estallar entre los dos estados, i que se restablecieran las relaciones comerciales interrumpidas por los últimos acontecimientos. La instancia que manifestaba por llegar a un avenimiento, era calculada para hacer creer al jefe español que los argentinos estaban en la imposibilidad de hacer una tentativa contra Chile. Ossorio debía indefectiblemente tomar las proposiciones de paz que se le dirijian por el órgano del gobernador de Cuyo, como una prueba evidente de su debilidad, como una confesion tácita de su impotencia.

El gobierno chileno contestó a estos oficios que jamas pactaria con rebeldes, interin no volvieran al gremio de la España, de donde impiamente se habian separado. No necesitaba San Martín abrir el pliego en que se le replicaba, para saber su contenido. Jamás habia pensado que Ossorio admitiria sus propuestas i celebraria con él un tratado de comercio. Únicamente habia tenido en cuenta al entablar estas negociaciones quitar a Ossorio la precision de atacar para no ser atacado a su turno, i ganar él mismo tiempo para ponerse sobre la defensiva i acometer en seguida luego que pudiera.

La tregüa de algunos meses que por estos manejos se habia proporcionado, acabó de asegurársela por una nueva estratajema. Hizo esparcir en Santiago por medio de cartas escritas en Mendoza o de fieles emisarios que previendo como mui inmediata una irrupcion de los españoles, i no estando dispuesto a defenderse, habia tomado con anticipacion las medidas concernientes a una pronta retirada, cuales eran, trasladar a un lugar seguro los caudales del fisco i las pertenencias de los particulares; que por el mismo motivo habia hecho trasportar hacia el interior todos los efectos de valor existentes en la ciudad, i los ganados i cosechas que estaban en los campos, habiendo dejado solo en las cercanias los caballos i las mulas, para que los habitantes pudieran fugir apresuradamente tan pronto como viesan ondear sobre las nieves el pabellon español.

Los artificios del astuto argentino tuvieron un éxito completo. Luego que estas noticias llegaron a los oídos de los oficiales realistas, comenzaron a cambiar de dictámen i a considerar una expedicion a la otra banda mas difícil i ménos útil de lo que al principio habian creído. La guerra es para muchos una especulacion, i la abundancia o escasez de botin decide de su conveniencia. La voz que se habia propagado de haber quedado Mendoza reducida a un esqueleto, borró a los ojos de muchos militares las ventajas resultantes de su ocupacion i apagó su ardor marcial. A su juicio no podia ser necesaria una incursion contra mercaderes i labradores, en la que no

habia ni peligros que evitar, ni ganancias que obtener, ni gloria que adquirir. Los únicos frutos que debian esperarse de una campaña, como la que se proyectaba iniciar, eran las penalidades sin fin de los espedicionarios en un viaje dilatado por entre rocas escarpadas, donde talvez iban a encontrar la muerte, i la conquista de unas cuantas casas de barro despojadas de sus muebles i abandonadas por sus dueños, adquisicion que no compensaba por cierto las fatigas que demandaba. Las ideas de sus subalternos influyeron como era natural sobre Ossorio, cuyas disposiciones bélicas se habian notablemente entibiado con la seguridad que se le habia hecho concebir de que sus adversarios no podian ni querian agredir sus dominios. La persuasion en que estaba de que se habian puesto a correr aun ántes de que se fuera en su seguimiento, acabó por hacérselos despreciables i por hacerle mirar con indiferencia una espedicion a la que ni el miedo ni la codicia le estimulaban, i que demostrada de día en día, concluyó por no verificarse.

Mientras tanto San Martín se aprovechaba de esa inaccion para reclutar hombre a hombre ese ejército débil en número, pero fuerte por su valor i disciplina, que elevó a Chile al rango de una nacion. Trabajó en su enganche e instruccion con una actividad que pocos han desplegado en su vida, como que a cada instante temia ver descolgarse de la cima de la cordillera a cuyo pié estaba situado su pequeño campamento, a los realistas que venian a desbaratárselo. Los afanes que le costaron la enseñanza de los individuos alistados, la fabricacion de pertrechos, el acopio de las municiones de boca i la recoleccion de los fondos necesarios para los gastos fueron estremados. Con todo, esos afanes habrian podido llamarse lijeros, comparándolos con los muchos que se le esperaban ántes de llevar a cabo sus proyectos. En el vasto plan que se ajitaba en su mente, la reunion de tropas que le pusieran a cubierto de una sorpresa, no era mas que el principio de su obra. Necesitaba todavia para coronarla con el debido acierto vencer dos dificultades enormes, que habrian acobardado a un alma ménos impertérrita que la suya. Tenia que tramontar con un ejército compuesto de las tres armas esas moles estupendas, que se alzaban a su vista, de tránsito difícil aun para un viajero solo, i derrotar en seguida en el opuesto lado a los vencedores de Rancagua, que iban a caer con las fuerzas intactas sobre sus soldados diezmados por la intemperie i abrumados por el cansancio. Bastaba preguntarse cuál era el estado de los caminos por donde los republicanos tenian que pasar, i los batallones con que los realistas podian repelerlos, para inducir hacia qué parte se inclinaria la victoria: por esta sola consideracion, atendiendo a las reglas de las probabilidades, cualquiera habria declarado la partida perdida ántes de jugarse.

El mismo San Martín a pesar de la confianza singular que tenia en sus propios recursos, sentia delante de tantos obstáculos dudas mortales sobre los resultados de la espedicion que meditaba. Por mal jeneral que supusiera a Ossorio, no se persuadia lo fuera hasta el estremo de malograr las infinitas ocasiones de esterminarlo que se le iban a ofrecer ora en su pasaje por los Andes, ora en su descenso al territorio chileno. Las zozobras con que la prevision de una desgracia turbaba su espíritu, no comenzaron a disiparse, sino cuando supo que Ossorio habia sido reemplazado por Mar-có, a quien habia conocido durante su permanencia en España. Sabiendo por experiencia propia que el nuevo gobernante era un imbécil fácil de engañar, i un cobarde incapaz de una resistencia enérgica, sintió con el anuncio de este nombramiento renacer en su corazon de una manera irresistible su vacilante fé. Cuéntase que se habia sentado a la mesa, donde a la sazón comia con varios de sus amigos, cuando se le avisó que don Francisco Casimiro habia sido elegido capitán jeneral de Chile, i que al saber esta noticia, arrebatado por un entusiasmo súbito i cuasi profético, tomó en sus manos una copa, que llenó de vino hasta sus bordes, i brindó en seguida

par la independencia de América con una conviccion tan profunda, como si estuviera leyendo las palabras que proferia en el oscuro porvenir.

No se descuidó por eso en sus trabajos, esperanzado en las torpezas que la ineptitud haria cometer a su antagonista i de que él estaria pronto a utilizarse. El gobierno chileno contaba con tantos elementos para su resguardo, que parecia obra de milagro el derribarlo. Con las numerosas huestes que le rodeaban, podia estimarse al abrigo de todo peligro. Si la cuestion entre los dos partidos llegaba a ventilarse en una batalla campal, desplegando cada uno sus fuerzas respectivas, los patriotas habrian sido derrotados irremediabilmente. No se le ocultaba a San Martin la superioridad númerica del enemigo i su debilidad comparativa; pero esa preponderancia no le asustaba, porque mas que en la fuerza bruta, creia en la estratejia, en la diplomacia, en la astucia. Confiado en su natural sagacidad, no consideraba una faena superior a sus alcances colocar a los españoles en tal situacion, que la multitud de sus soldados de nada les sirviera.

La elaboracion de un plan que no obstante su inferioridad manifiesta le diera la victoria, habia sido el tema de sus constantes meditaciones desde que habia concebido la idea de la espedicion libertadora, i nunca habia desesperado de encontrar la incógnita del problema. Desde luego se fijó en dos medidas que juzgaba, i con razon, indispensables para el logro de sus proyectos ulteriores. Era la primera ponerse al corriente por datos exactos i fidedignos de cuanto en Chile sucedia, a fin de dirigir con tino las operaciones militares sobre este reino, i la segunda hacer ver a los realistas bajo un aspecto engañoso cuanto pasaba en Mendoza, para que tomaran en falso todas sus disposiciones de defensa. La actividad i destreza que empleó en la consecucion de estos dos resultados importantes, solo son comparables a las que desplegó en la organizacion i equipo de su ejército, cosa de que se ocupaba al mismo tiempo. No podia alcanzarse el doble objeto que se proponia, sino por medio de espedientes ingeniosos, que burlaran la vijilancia del enemigo e introdujeran el desacierto en su campo. La invencion de tretas que le condujeran a ese término, no ofreció graves dificultades a San Martin, que como sabemos era eximio en esa clase de descubrimientos i mas temible quizá en su gabinete urdiendo las redes con que se disponia envolver a las personas que trataba de anular, que en el campo de batalla donde sin embargo habia dado pruebas de bravura. Miembro de las sociedades secretas en España i fundador de lojias en America, se habia avezado en estas asociaciones tenebrosas a las intrigas i manejos encubiertos. Dotado ademas de un talento fecundo en invenciones i amaños, sabia sacar provecho de los accidentes mas insignificantes para embaucar con ellos a sus adversarios i hacerles creer cuanto se le antojaba. Los ardides de que se sirvió para engañar a Ossorio i a Marcó, tuvieron una influencia demasiado directa en el desenlace de los sucesos para que sea lícito pasarlos en silencio; pero como la relacion de todos ellos seria interminable, nos limitaremos solo a referir los principales.

Al poco tiempo despues de la emigracion, algunos chilenos, entre los cuales se encontraba don Pedro Aldunate, aburridos de permanecer en una tierra estraña, viviendo en la escasez i no teniendo en que trabajar, resolvieron restituirse a Chile i quedar ocultos en su propia patria hasta que se mejorase el estado de los negocios. Lo supo San Martin, e inmediatamente los hizo apresar i formar causa como a desertores. El tribunal encargado de juzgarlos dió muestras de una severidad excesiva, pues considerando sus preparativos de viaje como un crimen digno de la pena capital, los condenó a muerte. Esta sentencia pareció demasiado rigorosa a San Martin i la conmutó en una confinacion a la Punta de San Luis. No sabemos si se propondria con semejante conducta efectuar lo que despues hizo, o si entónces no tendria mas objeto que impedir con este castigo la vuelta a Chile de los emigrados. Sea lo que sea, el

gobierno español tuvo noticias de lo sucedido e hizo publicar en la Gaceta un pequeño artículo sobre el particular, en el cual se encarecía la misera suerte de los desterrados i el ansia que todos manifestaban por regresar a su país natal a gozar de la lenidad con que se trataba a los patriotas arrepentidos.

San Martín conoció en el acto las ventajas que podía sacar de aquel incidente, para entablar con sus enemigos de un modo fácil i sencillo relaciones favorables a la causa de la independencia. Habiéndose esplicado secretamente a este respecto con Picarte, Guzman, Fuentes i algunos otros emigrados cuyo patriotismo le era conocido, les propuso que abandonasen las Provincias Argentinas i se dirigieran a Chile donde su presencia podía ser de la mayor utilidad. Indicóles que les servirían de salvo conducto las voces mismas que los godos habían cuidado de esparcir. Podrían alegar como pretexto para paliar su regreso la imperiosa necesidad en que se habían visto de escapar a esas tiranías i vejaciones del gobernador que tanto vociferaban en su periódico oficial, i el propósito que tal opresión les había hecho formar de abjurar las ideas liberales. Era probable que los españoles darian crédito a sus palabras i los dejaran tranquilos en sus casas, tanto por creer ciertos los hechos a que aludirían, como por el deseo de promover la deserción en las filas de los insurgentes. Si a favor de este engaño lograban establecerse en el país, propalarían la voz de que las Provincias Unidas no contaban absolutamente con recursos para expedicionar sobre Chile, fomentarian el descontento en todas las clases i procurarían remitirle a Mendoza las noticias que juzgaran de importancia.

Los individuos indicados no trepidaron un momento en admitir la peligrosa comisión que les proponía San Martín, i después de haberse concertado en la manera como cada uno representaría su papel, empezaron a darle ejecución, saliendo una noche ocultamente del territorio argentino con dirección a la provincia de Coquimbo. Apenas se ruyó al siguiente día esta partida, cuando San Martín para dar más apariencias de verdad a su tramoya hizo perseguir a los supuestos fujitivos por diversos piquetes de caballería que, escusado parece decirlo, no los alcanzaron, aunque para conseguirlo los correteasen hasta las fronteras enemigas.

Los españoles no se dejaron engañar por esta estratagemá, i mirando con razón a los tráfugas como sospechosos, los apresaron i pusieron en estrecha incomunicación. El astuto argentino había previsto esta contingencia, como también su remedio. Luego que supo el encarcelamiento de sus mensajeros, llamó a Aldunate de San Luis, donde le tenía confinado, i le excitó a que escudado con la salvaguardia de su condenación a muerte i de su destierro se volviera a Chile lo mismo que los anteriores; encargándole que cuando fuera interrogado acerca de ellos, los presentase como victimas de sus persecuciones. Aldunate aceptó con gusto una proposición que le permitía tornar a su patria, como ántes lo había deseado, i libertar a varios paisanos suyos de la prisión en que jemían. Sin pérdida de tiempo hizo los preparativos indispensables para su viaje, i acto continuo se puso en marcha para su destino con las precauciones minuciosas que habría tomado un verdadero fujitivo. Llegado a Chile no fué recibido en un calabozo como sus predecesores. El castigo que ya ántes le habían infligido los patriotas era conocido, como lo hemos dicho, en el país i alejaba de su persona toda idea de doblez i mala fé. Así cuando la autoridad le hizo comparecer a su presencia, para interrogarlo sobre las causas de su vuelta, espuso con ese aplomo de todo reo cuya absolución está segura: que los procedimientos hostiles del gobernador de cuyo eran los motivos públicos i notorios, que le habían determinado a fugar de la otra banda, como ya lo habían practicado ántes que él varios otros individuos, entre los cuales nombró a Picarte i sus demás compañeros, a quienes aseguró se les había aplicado un tratamiento análogo al suyo por haber manifestado cierta simpatía en favor de la Metrópoli. El gobierno, que no tenía ninguna razón para dudar de la veraci-

dad del deponente, i si para creerle, se persuadió por esta declaracion que habia andado injusto en la aprension de los sujetos antedichos, i descoso de reparar el error en que suponía haber incurrido, se apresuró a ponerlos en libertad, dejándolos por esta circunstancia espeditos para desempeñar su comision.

De esta manera pudo contar San Martín en el centro del pais enemigo con una falanje de operarios fieles i laboriosos, que en adelante no tuvieron mas ocupacion, que atizar el descontento producido por las violencias de los realistas i comunicarle con la mayor exactitud los datos que creian conducentes al buen suceso de la expedicion. Los movimientos de las tropas reales, los bandos promulgados por el gobierno i sus efectos, las escaramuzas de las guerrillas insurgentes i otra multitud de asuntos interesantes por este estilo, se supieron en Mendoza por su conducto. Desde el establecimiento en Chile de estos emisarios, no hubo acontecimiento que arrojara alguna luz sobre la situacion política del reino, que no fuera noticiada a los patriotas con la mayor prontitud (1).

Mientras que el gobernador de Cuyo se enteraba, merced a la diligencia de sus corresponsales, de cuanto hacian sus enemigos, él trabajaba en Mendoza para que estos no tuvieran la misma certidumbre con respecto a sus operaciones, e ignoraran hasta los últimos momentos sus planes i recursos. Una intriga coronada por un éxito feliz le habia permitido acreditar al lado del gobierno chileno a los mismos agentes que iban encargados de espiarle. Otra intriga no ménos injeniosa i dirigida con una maestria sorprendente, le proporcionó una comunicacion directa con Marcó i sus principales allegados, i le puso en aptitud de hacerle creer como verdades indubitables las mentiras garrafales que sobre sus proyectos le convenia autorizar.

Existian en el distrito de su mando un gran número de realistas que los revolucionarios chilenos habian relegado al otro lado de la cordillera durante la época de su auge, por ser de aquellos godos fanáticos, que se habrian llevado conspirando, si no se les hubiera alejado del centro de sus relaciones. El gobernador temiendo que en aquellas circunstancias, estos prisioneros le suscitasen algunas dificultades, sea embarazando sus providencias, sea delatándolas a sus adversarios, los hizo trasladar a la Punta de San Luis distante ochenta leguas del paraje donde habia asentado su campamento.

Entre las personas trasladadas iba don Felipe del Castillo Albo, comerciante acaudalado i de representacion en Chile, de suma honradez i de una fidelidad intachable al monarca, motivos suficientes para que sus palabras gozasen de grande autoridad en su partido. Antes de su destierro a las Provincias Argentinas habia manifestado de un modo franco i leal su apego por la España. Su casa habia servido de club a los partidarios del rei, su bolsillo habia proveído a los gastos exigidos por la política, su persona habia aparecido complicada en todos los movimientos reaccionarios. Don José Miguel Carrera lo habia confinado por estas causas a Mendoza, recomendándole al jefe de la provincia como un sarraceno incorregible, que era necesario vijilar con el mayor cuidado. San Martín le habia tratado en consecuencia, i colocado su nombre el primero en la lista de los que por perjudiciales habia separado de Mendoza; mas despues reflexionando pensó que un hombre semejante tan acatado de sus correligionarios como detestado por los insurgentes, podía servirle de mucho en la situacion presente, valiéndose de su intervencion, sin que él mismo lo sospechase, para suministrar a Marcó noticias falsas sobre el estado de la expedicion, i sonsacarle, en retorno de las imposturas que se le remitieran, la confesion auténtica del plan de defensa que habia adoptado.

(1) Este hecho nos ha sido referido por el jeneral don José Santiago Aldunate.

Con este objeto le hizo volver de San Luis, i encargó a uno de sus oficiales que procurara granjearse su amistad, comision de fácil desempeño a causa del carácter franco i expansivo de Castillo Albo. Tomáronse en seguida por medios indirectos, tanto de él como de los chilenos emigrados, minuciosos informes acerca de sus negocios particulares, i cuando se adquirieron a este respecto los datos precisos, la persona que se habia captado su confianza empezó a dirigirle frecuentes cartas bajo cualquier pretexto, para conseguir que contestase con otras, a las cuales se cortaban con prolijidad las firmas. Hecha esta operacion, el agente a quien San Martín habia encomendado la direccion de esta intriga, escribia en nombre de Castillo Albo a su esposa i a sus deudos, a Marcó i a sus demas amigos políticos largas cartas en las que le hablaba a los primeros de asuntos domésticos i de intereses tan peculiares suyos, que alejaban todo recelo de supercheria, i en las que relataba a los segundos los sucesos de Mendoza en la manera i forma que a San Martín convenia. Para desvanecer las sospechas que la diferencia de la letra habria hecho nacer sobre su autenticidad, se cuidó de hacer decir en la primera al honrado comerciante que por temor de que cayeran en manos de los satélites de San Martín, no las escribiría nunca de su puño, ni las firmaría con su nombre i apellido; pero que el conductor en prueba de veracidad entregaría junto con cada misiva un pedacito de papel con la firma correspondiente.

Marcó i los miembros de su camarilla se encantaron, cuando recibieron este anuncio. No se les pasó siquiera por las mientes que pudiera haber alguna traicion encubierta en la correspondencia mencionada. Castillo Albo estaba en Mendoza, luego Castillo Albo debía escribirles, tal fué el raciocinio que se hicieron. La Providencia le habia colocado sin duda en aquel sitio para desconcertar con sus oportunos avisos las tramoyas de los rebeldes. Nadie, a no ser una persona verdaderamente comprometida i espuesta a perder su cabeza al menor desliz, habria imaginado ese injenioso expediente para recatar su nombre. El temor de ser descubierto, que se revelaba a cada linea, era una prueba evidente de la veracidad del testigo. Por otra parte, las noticias eran halagüeñas, i eso bastaba para que se las tuviera por verdaderas. El hombre es formado asi por la naturaleza: siempre cree los acontecimientos que favorecen sus pasiones, sus ideas, sus intereses; siempre duda de los sucesos que contrarian sus esperanzas. Alucinado por sus raciocinios i engañado por las apariencias, no es extraño que el presidente de Chile no vacilara en entablar una sostenida correspondencia con el gobernador de Cuyo, en la que el astuto argentino le hacia creer bajo el seudónimo que habia adoptado cuantas patrañas se le antojaba comunicarle, i en la que Marcó participándole en contestacion cuáles eran las intenciones del gabinete, se convirtió sin saberlo en el principal espia de los insurgentes.

La alegría de San Martín no conoció límites, cuando vió el éxito obtenido por su astucia. En lo sucesivo no tuvo que fatigarse en arbitrar trazas para acreditar entre los españoles sus embustes. Habia encontrado un medio soberano que le dispensaba de ese trabajo. Cuando necesitó hacerlo en adelante, salió de sus apuros con la mayor facilidad, enviando un correo al palacio mismo de Marcó a entregarle una carta de Castillo Albo en que se afirmaba la falsedad que le convenia esparcir, i una bolita de papel que el mensajero llevaba oculta en el conducto del oído. Era esta última la contraseña convenida, que comparada con las otras firmas del negociante existentes en Chile resultaba ser idéntica, i que el propio aseguraba llevar en aquel sitio para que no se supiera jamas quién era el autor de los papeles que consigo traia, aun en el caso de ser apresado por los insurgentes. Marcó recibia al conductor siempre del mismo modo, i por decirlo así, casi con los brazos abiertos. Aplaudia su des-

treza i discrecion, lo recompensaba con una buena propina i le despedia con la contestacion correspondiente (2).

No acabariamos nunca si tratáramos de contar una por una todas las argucias de que se valió San Martín para burlar la credulidad de sus torpes adversarios. Es inagotable el catálogo de anécdotas que existen sobre el particular. Con todo vamos a referir a mas de la anterior otra que prueba la rara capacidad de observacion con que el cielo lo habia dotado, i el arte infinito con que sabia aprovecharse para sus fines de las menores incidencias. Una noche que se encontraba trabajando en su gabinete, los guardias que custodiaban las gargantas de la cordillera, condujeron a su presencia a un hombre que habian sorprendido tratando de introducirse furtivamente en la provincia. San Martín suspendió por algunos instantes la ocupacion que le embebía, i despues de haber examinado al prisionero con esa mirada penetrante que le era característica, le dijo con voz amenazante que era un espía del enemigo i que iba a entregarle al verdugo, si no le confesaba paladinamente la verdad. El pobre diablo turbado por aquellas amenazas i creyéndose realmente descubierto, declaró ser efectivamente un mensajero de Marcó, i a trueque de salvar su vida, puso en manos de su interrogante algunas cartas que traía escondidas entre los forros de su montura, para varios realistas residentes en Mendoza. Apenas hubo leído San Martín los sobres, cuando conoció las ventajas inmensas que podía sacar de la posesion de aquellas piezas para engañar al enemigo, i sin pérdida de momento pensó en ejecutar el plan que para ello improvisó. Obligó al mismo portador, sobre cuyas huellas puso a los corchetes de la policia a fin de que no se le escapara, a que llevara las cartas a su destino i le trajera al siguiente día las contestaciones, habiéndole amenazado ántes con la muerte si revelaba a quien quiera que fuese el secreto de su conferencia anterior. Luego que las respuestas estuvieron en su poder, hizo comparecer ante si a las personas que las habian firmado, i cuando se hallaron en su presencia les manifestó que teniendo en sus manos aquellos documentos, testimonio irrecusable de sus intelijencias con el enemigo, podía hacerlos fusilar inmediatamente sin tomarse siquiera el trabajo de formarles su proceso, i que estaba resuelto a practicarlos así, a ménos que consintieran en escribirle otras cartas enteramente diversas de las que ántes habian redactado. El tono firme con que fueron pronunciadas estas palabras, hizo ver a los interesados que estaba determinado a obrar como decia. Su deliberacion por consiguiente no fué larga, ni su resolucion dudosa. No encontrándose con fuerzas para sufrir el martirio, escribieron i firmaron cuanto se les dictó, i San Martín se encargó de remitir a Chile sus cartas contestes entre si i redactadas en el mismo sentido que las de Castillo Albo con un mensajero de su confianza, pues en cuanto al primero, le dejó bien asegurado en Mendoza.

A fin de mantenerse al corriente de cuanto pasaba por acá, San Martín no se limitó a usar de los medios ingeniosos que dejamos referidos. Habia organizado ademas una numerosa falanje de espías, que tenia esparcidos en todo el territorio. Se esmeraba particularmente en que estos agentes no se conocieran unos a otros, porque de esta manera estaba seguro de que no se complotarian para engañarle, i los ponía así mismo en la imposibilidad de delatarse unos a otros, caso de que alguno le traicionase o fuese descubierto. Pagaba sus servicios con jenerosidad, a diferencia de Marcó que se mostraba tacaño con los suyos, por lo cual acentuó algunas veces que San Martín, con los recompensaba mucho mejor, se los sobornase por lo bajo i se sirviese de sus propios emisarios para espiarle o embaucarle. No es preciso creer por esto que el gobernador de Cuyo emplease solo en estas comisiones a viles mercenarios de esos que por oro sirven todas las causas; frecuentemente se valía de individuos de corazon,

(2) Todos estos pormenores están autorizados por el testimonio de don José Antonio Alvarez Condarco, a quien San Martín habia puesto en el secreto de la intriga i de cuya boca los hemos escuchado.

adictos a la independencia por conviccion, que con noble desinterés esponían su vida, sin mas estímulo que el deseo de cooperar a la libertad de su patria. No faltaron hombres del pueblo, que con una abnegacion sin límites admitieron tan peligrosos encargos, arrojando la rabia i la venganza de los realistas bajo un gobierno inquisitorial i receloso, que rodeado de delatores se imaginaba crímenes en las acciones insignificantes. Una de las catástrofes mas horribles que ensangrientan la historia de esa época, demostró cuan grandes son esos sacrificios ignorados que despues de una derrota pierden a los que los ejecutan, i que despues de la victoria talvez se olvidan.

Vivia en San Felipe una familia que llevaba el apellido de Traslaviña. Su decision por la independencia la habia hecho pasar de una decente medianía a la pobreza. Las contribuciones forzosas, las proratas, las confiscaciones habian consumido su fortuna. Aunque la revolucion habia sido el orijen del menoscabo de sus bienes i de la escasez que soportaba, no habia renegado sus principios ni arrepentidose de sus sacrificios. Si se hubiera hallado en el caso de volver a principiar, habria seguido la misma conducta sin vacilar, a sabiendas de las penalidades que se le aguardaban. Con la desgracia su patriotismo se habia fortificado i sus convicciones se habian arraigado. La triste situacion de Chile le acongojaba tanto como la suya propia. Esta familia era numerosa. Tenia por padre un anciano ciego e inválido para el trabajo. Componiase sin contar las mujeres de seis varones. Todos habian sido soldados, ménos el menor a quien su poca edad no le habia permitido cargar el fusil como los otros; habian lidiado bajo las banderas patriotas desde el comienzo de la guerra, i en su hoja de servicios estaban consignadas todas las acciones desde Yerbas Buenas hasta Rancagua. Despues del sometimiento del país, probablemente la humildad de su posicion les permitió quedar en la sombra i vivir tranquilos ocupados de sus negocios. La subsistencia de toda la familia pesaba sobre los cuatro hermanos mayores, que hacian cuanto de ellos dependia por llenar cumplidamente sus deberes. Si hubieran dejado de trabajar un día, el pan habria faltado en la casa. Entramos en estos pormenores domésticos, porque solo con su conocimiento podrá estimarse cual se debe la abnegacion i el civismo que animarian a estos jóvenes, cuando se prestaron a desempeñar un encargo en que jugaban su vida, i con ella el bienestar de personas tan queridas. En cualquiera es gran mérito esponer la existencia por el triunfo de una grande idea; pero es doble mérito esponer como los Traslaviñas la comodidad de un padre viejo i venerado, que no se encuentra ya en situacion de pasarse sin el auxilio de sus hijos.

El primojénito se llamaba Juan José, i estaba casado con una hija de aquel coronel don José María Portus que hemos visto en la batalla de Rancagua, mandando las milicias de Aconcagua. Portus emigró a Mendoza, como todos los que escaparon de aquella fatal jornada. San Martín que queria a toda costa organizar su espionaje en la provincia de Aconcagua, pordonde tenia meditado que se descolgara el ejército, i ponerse en relacion con los patriotas que por allí hubiera, sabiendo que era natural de aquella tierra, le llamó un día, le comunicó sus deseos, le hizo ver la utilidad que se reportaria de realizarlos, i le preguntó como conocedor de sus paisanos cuáles serian entre ellos patriotas bastante decididos para prestarse al desempeño de una comision tan ardua i peligrosa, como era la de remitirle un estado exacto de las fuerzas realistas acantonadas en la comarca i los demas datos que estimare convenientes. El coronel le designó como aparentes para su propósito a don José Antonio Salinas, vecino de Putaendo, i a don Pedro Regalado Hernández de Quillota, i aunque comprendia muy bien todo el riesgo que correrian los que admitiesen el mencionado encargo, le nombró primero que a los otros dos a su propio yerno, el cual como queda dicho residia en San Felipe.

Creyendo el gobernador en virtud de los informes de Portus que los individuos indicados aceptarían sin oponer reparo de ninguna especie, despachó a don Manuel Navarro, oriünario de la misma provincia, para que se pusiera de acuerdo con ellos i les comunicara sus instrucciones, que se guardó de darle por escrito. Solo llevaba a manera de credencial la siguiente carta que aunque enigmática, bastaba que fuese autorizada por tal firma para que su sentido fuera fácil de descifrar.—«Señor don Juan José Traslaviña i don José Antonio Salinas.—Santiago i Octubre 17 de 1816. Mis paisanos i señores: los informes que he adquirido de sus sentimientos i honradez me han decidido a tomarme la confianza de escribirles. El amigo Navarro dador de esta enterará a V.V. de mis deseos en la *viña del Señor*. Yo espero, i V.V. no lo duden, que recogeremos el fruto; pero para esto se hace necesario el tener buenos peones para la vendimia.—No reparen V.V. en gastos para tal cosecha; todos serán abonados por mí, bien por libranza, o a nuestra vista, que precisamente será este verano.—Con este motivo asegura a V.V. su amistad i afecto sincero su apasionado paisano Q. S. M. B.—José de San Martín.» (3)

Habiendo recibido esta carta, que por un equívoco singular San Martín databa en Santiago, Salinas i Traslaviña buscaron como darle una pronta ejecución. No entibió su ardor la consideración de los peligros a que se esponían, i no se piense que pudo lisonjearlos mucho la esperanza de la impunidad. Desde los primeros pasos debieron conocer que era difícil sustraerse al ojo vijilante de la policía; Navarro a pesar de sus precauciones habia excitado sospechas, i se habia visto precisado a regresar a Mendoza, para no caer en manos de la justicia, que habia traslucido su llegada. Este incidente i las dilijencias que comenzó a practicar la autoridad, habrían arretrato a patriotas ménos desprendidos; pero no desalentaron a estos hombres del pueblo, que se sacrificaron casi a ciencia cierta por comunicar las noticias que se les pedían para redimir la patria de la esclavitud.

Para principiar Salinas se encaminó a Quillota, donde en compañía de Regalado Hernández i de otros dos nuevos asociados llamados Ramon Arestigui i Ventura Lagúnas, jóven de diez i siete años, arbitraron los medios de satisfacer los deseos de San Martín. Guarnecía por entónces aquel pueblo el cuerpo denominado Húzares de la Concordia, i como uno de los datos que con mas instancia les pedía el jeneral, era un estado de las fuerzas realistas, lo primero en que pensaron fue en procurarse una tal La-Rosa, sarjento del rejimiento, i ofreció conseguir lo que querían por la inter-

(3) Junto con la carta de San Martín conducía Navarro otra de Portus, que como la anterior cayó en manos de los realistas, i cuyo tenor es el siguiente:

«Mendoza 13 de Octubre de 1816.

Señor don José Antonio Salinas.

Mi mejor amigo: el silencio que V. i demas paisanos habrán advertido en mí en el discurso de dos años, no ha sido efecto de un letargo, ni ménos de cansancio en trabajar a fin de salvar nuestro país, libertando a sus habitantes de la tiranía de esos malvados, sino que siempre esperando el tiempo mas oportuno, no he querido aventurar mis letras, ni esponerlos a mayores sacrificios hasta hoy que hallándonos en esta ciudad con una superior fuerza mandada por un jeneral en quien concurren todas las virtudes que pueden desearse, i tratando de avanzar sobre esos déspotas, me ha llamado para preguntarme de que sujetos podremos echar mano en la parte del norte, que sean de un decidido patriotismo, para entablar una correspondencia i poder tener puntuales avisos de lo que necesita saber, le he contestado que uno de los hombres en quienes podemos fiar esta gran obra lo es V., i así hemos determinado enviar a don Manuel Navarro para que habiando verbalmente con V. i mi sobrino Juan José Traslaviña, les imponga de todo i del método que debe observarse; a este le darán todo crédito, i por lo tanto omitimos puntualizar por menor todo lo que podemos advertirles.—Ya parece amigo que el Dios de los ejércitos quiere suspender el brazo de su justicia, con que ha castigado nuestros delitos el tiempo pasado: así es necesario ponga cada uno de su parte cuanto esté a sus alcances para ayudarnos a esta empresa, que según las disposiciones, me parece no escapan esos piratas, i en breve tendremos la gloria de vernos libres de la opresión en que nos han puesto: yo no le encargo otra cosa que la reserva en todo i que solo se comuniquen los dos autores de este encargo, porque de lo contrario nada avanzaremos i podemos palceer un presajio, que yo les avisaré cuando convenga notificar a los demas amigos que se interesan en la causa para que esten pronto.—Dios guarde a V. muchos años hasta que tenga el gusto de verle este su apasionado que de corazón le estima.—José María Por-

yencion de este sujeto. No presentándose otro arbitrio para obtener una razon puntual cual se necesitaba, convinieron por desgracia en que se tocara este resorte. El sarjento sin hacerse de rogar prestó oídos a la peticion de su amigo, i respondió satisfactoriamente a todas sus cuestiones. El buen éxito de esta primera tentativa no hizo sino fortificar en su empeño a los patriotas, i sin demora Salinas i Lagúnas pasaron a Valparaíso para injeniar la manera de alcanzar en aquel punto su objeto con tanta felicidad como en Quillota.\*

Miéntras andaban en este viaje La-Rosa cometió una grave falta contra la disciplina, que le hizo acreedor a la pena de muerte. Cuando estaba ya en capilla para ser ejecutado, sin duda con la esperanza de salvarse, reveló las relaciones que habian mediado entre él i Lagúnas, qué preguntas le habia hecho el jóven i con qué fin habia entendido que se las dirijia. No hai para qué advertir la importancia que concedieron naturalmente los godos a semejante relacion. En el acto procedieron a las mas activas pesquisas, i se pusieron a indagar con toda urjencia el paradero del denunciado. Este regresó a los dos dias ignorante de cuánto habia sucedido durante su ausencia, de modo que tanto él como su compañero Salinas vinieron como a entregarse en manos de los que le perseguian. Desde luego negaron a pié firme las acusaciones del sarjento. Era aquel un testigo singular, que se hallaba colocado en una posicion excepcional; seguramente habia querido escudarse con una calumnia contra el castigo que iba a inflijírsele. Como se ve la defensa era brillante, i nada se le habria probado, sino hubiera venido a confirmar el testimonio de La-Rosa una criada de Salinas, que habia escuchado a su amo participar a unos amigos la especie de trajines a que se habia entregado. Entónces perdieron la presencia de ánimo que los habia sostenido, i lo confesaron todo de plano. En consecuencia fueron aprendidos don Pedro Regalado Hernández i don Juan José Traslaviña; afortunadamente Arestigui i los hermanos del último se escaparon como por un milagro.

Los cuatro reos fueron conducidos a Santiago con una fuerte escolta. La sustanciacion i resolucion de su causa duraron poco. Estaban convictos, se les habia sorprendido la correspondencia con San Martín; no se habria necesitado tanto, ni con mucho en la época de Marcó para considerarse inútiles las funciones del juez, i del abogado; bajo tal gobierno solo el verdugo tenia que intervenir en el asunto. Unicamente se les concedieron treinta horas para recibir los auxilios de la iglesia, i miéntras tanto como el ejecutor que habia, no estuviere bastante diestro en el suplicio de horca a que se les habia condenado, tuviéronle ejercitándose en el patio de la cárcel en ahorcar carneros para que se desempeñara bien en su terrible ministerio.

Cuatro horcas que amanecieron el 5 de Diciembre en la plaza, anunciaron que iba a ejecutarse la sentencia. Un inmenso jentío habia acudido a presenciar el espectáculo. Las circunstancias de los condenados, el encono jeneral contra los godos, todo les granjeaba las simpatías de la multitud. Cuando a las once de la mañana salieron de la prision para marchar al cadalso, ninguna señal de aversion, ningun grito de escarnio se levantó contra ellos. El pueblo los contempló trémulo, azorado, sombrío. Probablemente la mayoría de los circunstantes los miraba como mártires, i se sentia en su conciencia reo del mismo crimen, si crimen era aquel. Traslaviña, Hernández i Salinas fueron sucesivamente ajusticiados; su corta edad habia salvado al jóven Lagúnas de la muerte, pero no de una agonía mas espantosa que la misma muerte. Por un refinamiento de crueldad se le hizo acompañar a sus amigos hasta el suplicio, i se le obligó a permanecer al pié de la horca al tiempo de la ejecucion de cada uno. Los tres cadáveres fueron dejados suspendidos de las cuerdas.

Los espectadores se retiraron conmovidos. Mas por lo comun aquel escarmiento no despertó sentimientos de sumision, sino de rabia. En vano un predicador desde una cátedra levantada en la misma plaza, los excitó a la fidelidad, les aconsejó el respe-

to al rei; aquella escena sangrienta produjo sobre los auditores mayor efecto que sus palabras, i casi todos hicieron en lo íntimo de su corazon votos, porque el triunfo de los independientes vengara a las victimas. (4)

Este suceso siniestro causó una impresion notable de terror sobre el vecindario de la capital, que no estaba habituado a semejantes espectáculos. En los dias subsiguientes circularon por entre el pueblo muchos de esos rumores aterradores, que siempre son el indicio de una imaginacion sobresaltada. Comenzó a decir por lo bajo que Marcó estaba dispuesto a incendiar la ciudad, si era atacado por el ejército trasandino; que se fabricaban puñales para un degüello jeneral; que en el cuartel de San Pablo se estaban construyendo horcas que iban a colocarse en la anchurosa calle de la cañada, i otras patrañas por ese estilo. Mas si la multitud se manifestaba asustadiza, no así los patriotas activos, a quienes como que alentaba ese mismo exceso de rigor desplegado por los godos. La noche del dia en que Traslaviña i sus compañeros eran ejecutados, un jóven ponía con toda calma en el buzón del correo un paquete de cartas que le habia confiado con este objeto don Manuel Rodriguez i cuyos sobres iban dirijidos a los principales oficiales americanos que servian bajo las banderas de la España. El jóven se llamaba don José Santiago Aldunate, i las cartas habian sido escritas i firmadas en Mendoza por O'Higgins i otros emigrados, i eran una especie de proclama en que se les recordaba a aquellos militares su orijen i los agravios comunes que a los criollos sin excepcion les habia inferido la Metrópoli.

Mientras pasaban en Chile todos los acontecimientos referidos, San Martín hacia sus últimos aprestos, i pensaba en emprender la marcha. Sus tropas estaban ya listas, bien disciplinadas i bien pertrechadas. Pero le quedaba al jeneral que superar una grave dificultad, quizás la mayor de todas. ¿Por dónde conducia su ejército? ¿Cómo atravesaba los Andes, esa estupenda valla natural que Dios habia colocado entre los dos paises? Si los españoles obraban con destreza, temia que un solo hombre no le bajase con vida a la llanura. Con una simple trincherá defendida por una pequeña division podian cerrarle el pasaje, i una vez detenidos sus soldaos, acosados por el hambre i batidos por la tempestad, iban a encontrar su tumba bajo la nieve. Toda su esperanza se cifraba en ocultarles su itinerario, i obrar de tal modo, que no supieran el camino de sus lejonas, sino cuando estuvieran a este lado prontas a medirse en un campo de batalla. Mas dejando aparte todas las contingencias de este proyecto i suponiendo que consiguiera realizarlo, todavia no estaban evitados todos los obstáculos. Antes de tratar de ponerlo en ejecucion, tenia que decidirse él mismo por uno de los caminos, para apartar de aquel punto la atencion del enemigo i dirijirla hácia otro. ¿Cuál seria ese? ¿Cómo examinarlos, cuando descaba que ni aun sus mas íntimos descubrieran que los estaba haciendo explorar, para mayor seguridad de que no se revelaria el motivo de su ansiedad?

San Martín era el prudente entre los prudentes. Todo el que tiene el arte de engañar a los demas, no puede ménos de ser en estremo receloso. Creia que el buen éxito de la espedicion dependia del secreto. Era tal su conyencimiento a este respecto, que segun sus propias espresiones, no habria querido confiar ni a su almohada sus planes, sus dudas, sus esperanzas, sus temores. Si hubiera sido posible, todo lo habria hecho por sí mismo, pero no lo era. ¿Qué hacer entónces? Tenia entre sus ayudantes uno que gozaba de toda su confianza. Llamábase don José Antonio Alvarez Condarco. Era injeniero i mui apto por sus cualidades para una comision delicada como aquella. En este se fijó el Jeneral para que explorara uno por uno todos los senderos que cruzan las cordilleras. La primera condicion que le impuso fué que

(4) Todos los datos anteriores nos han sido suministrados por don Gabriel Traslaviña, hermano menor del ajusticiado, por el comandante de los Húzares de la Concordia i por algunos otros contemporáneos.

ocultase a quien quiera que fuese los trabajos a que iba a dedicarse; que obrara de modo que nadie sospechara el término de sus correrías; que procurara persuadir a todo el mundo que era mui diversa la clase de sus ocupaciones. Le hizo ver que del sijilo dependia la salvacion comun, que una palabra indiscreta podia perderlo todo.

Alvarez Condarco comprendió perfectamente la necesidad que habia de no escusar precaucion alguna, i se esforzó por corresponder a la distincion que habia merecido de su jefe. Mas esa estricta circunspeccion a que se le sujetaba, embarazaba el cumplimiento de su encargo, ponía infinitas trabas a sus operaciones. A cada viaje que emprendia, se veia precisado a poner en tormento su imaginacion para inventar pretextos que los esplicasen. Cuando se dirigía al norte, decia que iba al sud i vice-versa. Tomaba los mas minuciosos cuidados para que no se columbraran la importancia de sus trabajos i el interes que les prestaba San Martín. Al fin de cada una de sus exploraciones, venia tarde de la noche, i por decirlo así de incógnito a darle cuenta de sus resultados. Lo peor era que tantos desvelos salian infructuosos. Aquellas investigaciones practicadas por persona competente hacian resaltar los obstáculos sin ofrecer el remedio. Alvarez por mas que examinase con atencion escrupulosa todas aquellas veredas, no hallaba sino sendas buenas para animales, al borde de profundos abismos, cortadas por torrentes i despeñaderos, incapaces de servir para el tránsito de un ejército. Podian pasar por ellas contrabandistas o arrieros, mas no cañones ni bagajes.

A cada visita de su agente, subia de punto la zozobra de San Martín. Solo quedaban por reconocer los caminos que desembocan en el valle de Aconcagua. El jeneral deseaba con ansia que se les inspeccionara; porque solo aguardaba tener noticias precisas acerca de su naturaleza, para tomar su última resolucion i fijar definitivamente su partido. Pero su exámen parecia casi imposible; pues estaban severamente guardados por los españoles, que fusilaban como espías o como tráfugas a los pasajeros de ambos lados. ¿Quién se atreveria a emprender un viaje a cuyo término se encontraba la muerte? San Martín exigió de Alvarez que los recorriera, i para proporcionarle un pasaje por entre los centinelas i alguna probabilidad de que Marcó no le ahorcaria i le dejaria volver a comunicarle sus observaciones, recurrió al arsenal de sus amaños i dispuso uno que aunque no exento de todo reproche, era el único que se presentaba en un caso tan arduo. Ocurriósele disfrazar a su ingeniero de parlamentario, i darle por pasaporte un oficio en que notificaba al presidente de Chile la declaracion de la independencia argentina, que meses ántes habia proclamado el congreso del Tucuman. Como se concebirá, era este un salvoconduto, que podia mui bien trocarse en una sentencia de muerte. A San Martín ménos que a nadie, se le ocultaba el riesgo que iba a correr su mensajero, i temiendo que este se desalentara con una garantía tan precaria, junto con descubrirle su arbitrio, le pidió que marchara sin temor, porque si los godos tocaban uno solo de sus cabellos, él haria ahorcar sin remision a todos aquellos de sus paniaguados que tenia bajo su mano como rehenes.

Ni el documento que se le daba por salvaguardia, ni la promesa con que se le reforzaba, libertaban a Alvarez de todo cuidado por su existencia. Comprendia demasiado que el portador de una nueva que por lo rancia debia hacerle sospechoso i que por su contenido era en alto grado desagradable para un mandon español, aun cuando fuera premunido de mejores seguridades que las que a él le escudaban, se safaria siempre del lance con trabajo. Sin embargo no se escusó del encargo, a condicion de que se le dejaria un dia para prepararse. El jeneral queria que partiese sin tardanza; pero al fin tuvo que acceder a sus deseos. Alvarez estaba en el secreto de la intriga que se estaba jugando con el nombre de Castillo Albo, i era ademas amigo de este caballero. La dilacion que con tanto empeño solicitaba, no tenia otro objeto que pedir

al honrado comerciante una carta de recomendacion, en la cual, caso de obtenerla confiaba mas para escapar con vida de aquel paso, que en el oficio i terribles represalias de San Martin. En efecto al siguiente dia, a pretexto de despedirse fué en persona a comunicarle su viaje, i con toda naturalidad se le ofreció para que le escribiera a su esposa por su medio. Castillo Albo ignorando que se le mantenía en correspondencia con su mujer, se resistió desde luego, temiendo que San Martin lo llevase a mal. Pero fué tanto lo que le instó Alvarez, tanto lo que le aseguró que el gobernador no se disgustaria, que al cabo se decidió a hacerlo. Su carta, en la que por su puesto recomendaba mucho al portador, era sencilla i se referia a hechos muy anteriores, como escrita por un hombre que no estaba en relacion con su familia desde tiempo atras. Mas todo eso lejos de perjudicar, favorecia; porque en Santiago debia interpretarse aquella sencillez como calculada para enganar al conductor; que no podia suponerse en el secreto de la clandestina correspondencia.

Premunido de un papel insignificante por su contenido, pero que para él importaba acaso la vida por la recomendacion que hacia de su persona, Alvarez se puso en marcha por la via de Huspallata, i llegó a la primera guardia española, cuando se acercaba la noche. El jefe de la partida respetó su carácter de emisario; pero pretendió hacerle continuar la ruta incontinenti, lo que desconcertaba todo su plan, porque en medio de la oscuridad le era imposible observar el camino. No tuvo mas recurso que finjirse enfermo i suplicar que mientras se mejoraba, se enviase a pedir órdenes al jefe realista que mas cercano se encontrase. Así consiguió permanecer allí hasta el siguiente dia, en que al amanecer el oficial La-Fuente, hoy mariscal del Perú, le vino a encontrar para conducirlo a Santiago. Al acercarse a la ciudad fue recibido por un destacamento de soldados, tan lujosamente equipados como oficiales, cuyos uniformes estaban cubiertos de bordados i cuyas cornetas eran de plata, ostentacion pueril de lujo con que se pensó deslumbrarle sobre el estado del ejército. Le vendaron los ojos con misterio, i le llevaron a la presencia del capitán jeneral. Marcó se habia figurado que se enviaba un mensajero con miras pacíficas; mas cuando vió que lo que traía no era sino el acta de la independencia de las Provincias Argentinas, a vista de una rebelion tan declarada, de una provocacion tan audaz se enfureció hasta el frenesí i amenazó al conductor del pliego con tomar providencias capaces de escarmentar su insolencia. En tal estremidad recurrió Alvarez al talisman de que se habia provisto; tenia en la mano la carta de Castillo Albo, i aprovechándose de uno de los momentos en que se calmaba el furor de Marcó, se la presentó timidamente. Luego que el presidente leyó la firma i los elogios con que se recomendaba al parlamentario, cambió de tono, i alegando como causa de su mutacion las inmunidades con que el derecho de jentes consagra la persona de los enviados, despues de manifestarle que nada tenia que temer, dispuso que fuese hospedado en casa del coronel i comandante de dragones don Antonio Morgado, mientras consultaba sobre el particular al consejo de guerra.

Durante su corta permanencia en Chile, Alvarez adquirió la certidumbre de que existia un gran descontento en el ejército realista i aun de que se estaba tramando una especie de conspiracion entre los jefes principales, lo que le hizo augurar muy favorablemente de la espedicion patriota. Siendo ayudante de San Martin habia hablado con él de las sociedades masónicas, en las que, segun dicen, se habia iniciado el mismo jeneral en Madrid, i por consiguiente conocia la clave de los signos emblemáticos con que se comunicaban los hermanos entre si. Una de estas señales hecha de intento o por casualidad, le granjeó la intimidad de Morgado, que tomándole por uno de sus correligionarios, le reveló la existencia de una vasta asociacion política que nacida en España, contaba en toda la América con una multitud de adeptos. Se hallaban afiliados en ella muchos oficiales i realistas distinguidos, que se proponian

por término de sus trabajos secretos el restablecimiento de la abolida constitución de Cadiz. En Chile eran miembros de esta logia, los militares de mas reputacion, como Morgado, Marqueli, Cacho i otros que aborreciendo la estúpida tiranía de Marcó, nada deseaban mas que verse libres de un superior tan despreciable. Morgado no se limitó a comunicar a Alvarez el plan de la sociedad, sino que tambien le puso en relaciones con los socios. Conociendo este las ventajas que podía sacar de esta conspiracion interior, entró en proposiciones con estos constitucionales solapados. Los exhortó a que se sublevaran contra el capitan jeneral, i se declarasen independientes de la España, mientras no la rijiese una constitucion, prometiéndoles que el ejército de Mendoza los secundaria para que el levantamiento surtiese buen efecto. Mas como los oficiales realistas por los finjidos avisos que les habian trasmitido a nombre de Castillo Albo suponian mui diminutas las fuerzas de San Martin, i como por otra parte no les inspiraban suficiente confianza las promesas del arjentino, que no les daba ninguna garantia de su palabra, trepidaban en admitir, i proponian a su vez que los insurjentes principiasesen por pasarse, que influirian para que se les conservasen sus grados i que despues realizarian juntos el proyecto. De proposicion en proposicion, quien sabe adónde habrian ido a parar en sus maquinaciones contra un gobierno que convenian en derribar los mismos encargados de sostenerle, cuando Marcó cortó de repente las conferencias. Habia concebido violentas sospechas de un enviado sin objeto, que solo habia venido a notificarle un suceso conocido con anticipacion por la correspondencia pública del Janeiro. De buena gana le habria ahorcado o fusilado; pero el consejo de guerra que para tratar de la materia convocó, compuesto de esos mismos oficiales con quienes Alvarez habia entrado en tratos, le negó el derecho de hacerlo, de manera que tuvo que contentarse con espulsarle a toda prisa del territorio. En cuanto al acta de la declaracion de la independencia arjentina, por dictámen del auditor de guerra don Prudencio Lazcano, hizo que el verdugo la quemase en la plaza pública, como un libelo infame, «atentatorio a los principios que la naturaleza, la relijion i el rei prescriben.» (5)

El objeto del viaje de Alvarez se habia completamente llenado. A su vuelta San Martin poseyó todos los datos que necesitaba acerca de la topografia de los lugares. Como era esta la única cosa que le faltaba para fijar las combinaciones de la campaña, bien pronto todo el plan estuvo arreglado, sino en el papel, al ménos en su pensamiento. Todas las eventualidades fueron calculadas, todas las evoluciones determinadas, las funciones de cada jefe i de cada batallon bien designadas. Todo en una palabra fué previsto en cuanto puede hacerlo una intelijencia humana.

Mientras tanto nada contrastaba mas con la habilidad i la prudencia de San Martin, que la imprevision i la torpeza de Marcó i su círculo. Las hostilidades iban a abrirse, i no habian adoptado todavia ningun partido. Variaban de determinaciones cada día, daban órdenes i contraórdenes i por todos sus pasos se traslucia mui a las claras que no tenian sistema ni cosa parecida. Habia providencias que las circunstancias habrian indicado a los individuos que hubieran tenido ménos tintura de milicia o de táctica, i que ni siquiera se les ocurrian a aquellos menguados. Por ejemplo, la ocupacion militar de los principales caminos de la cordillera les habria exijido poca jente, i habria sido funestísima para los independientes. Un cuerpo colocado en un desfiladero i correspondientemente atrincherado, una bateria situada en alguna de esas alturas inaccesibles, habrian sido un atajo que con dificultad habrian superado los invasores. Pero por fortuna en nada eso pensaron.

(5) Todos los pormenores de la relacion que acaba de leerse nos han sido suministrados por el mismo don José Antonio Alvarez Condarco.

Ya que no estimaban conveniente hacer alguna tentativa de resistencia en el corazón de los Andes, podían haber concentrado sus tropas para caer con todas sus fuerzas sobre los patriotas agobiados por la fatiga i las penalidades de la marcha. Pero en vez de obrar como habria obrado un teniente, el consejo de guerra de Marcó creyó posible defender con un ejército de unos cuantos miles lo que apenas habria podido con un millon de soldados, i en consecuencia resolvió guardar diseminando sus tropas todas las avenidas de los Andes en una estension de mas de cuatrocientas leguas. Con tan estúpido plan el ejército se fraccionó, i el gobierno del rei perdió las ventajas que habria podido sacar de la unidad de direccion i de la concentración de los recursos.

Dos motivos impulsaron particularmente a los godos a cometer este desacierto; los ardides de San Martín i la actitud del pueblo. Uno de los objetos que a toda costa se propuso conseguir el jeneral argentino, fué engañar, o cuando ménos hacer titubear a los enemigos acerca del punto por donde se descolgaria a Chile. No hubo resorte que no tocara, precaucion que no tomara para alcanzarlo. Por impedir que los realistas maliciaran siquiera el rumbo que meditaba seguir, duplicó su reserva, i no descubrió su itinerario ni aun a sus principales oficiales. Al contrario hizo circular entre los suyos, i sobre todo en Chile por los medios de que ya hemos hablado, noticias mentirosas con respecto a su plan de campaña. Cuando estuvo bien resuelto a venir por Aconcagua, todo su empeño se dirijió a persuadir que invadiria por el sud. Finjió adoptar misteriosamente medidas que no podían tener otro fin. Conociendo el carácter falso de los indios, trató de aprovecharse de su duplicidad i de hacer que le ayudasen a embaucar a los palaciegos de Marcó. Los pehuenches forman una horda que habita la rejion comprendida entre los Andes i la provincia de Cuyo, de la cual la separa por el norte el rio Diamante. Por entre ellos debia abrirse paso el ejército patriota, si intentaba marchar por el camino del Planchon que desemboca a los valles de Talca. Como si tal fuera su resolucion, San Martín convocó a aquellos indijenas a un parlamento, de que se acordaron durante muchos años por la magnificencia de los agasajos con que los festejó, i solicitó su permiso para que las tropas atravesaran su territorio. Los indios accedieron con apresuramiento a la peticion de tan jeneroso amigo; pero al mismo tiempo arrastrados por sus malos instintos comunicaron puntualmente al gobierno de Chile cuanto habia sucedido. No era otra cosa lo que habia querido San Martín. Todavía una vez su finura habitual le habia hecho ver justo.

Para que la relacion de los pehuenches surtiera mejor efecto, habia cuidado de hacer que los corresponsales de Mendoza noticiaran a sus correligionarios de por acá que un ingeniero frances habia sido comisionado para esplorar el rio Diamante, i para que construyera sobre él un puente. Los godos estuvieron mui dispuestos a prestar crédito a un aviso que recibían por dos orijenes diversos. Con aquel descubrimiento alborotóse la camarilla de Marcó. Hablóse mucho en palacio de la presunta alianza de los indijenas con los rebeldes. ¿Proyectaria el caudillo insurgente asociarse tambien con los araucanos? Esa idea desazonó en extremo a los cortesanos. El recuerdo de la intrepidez con que ese pueblo bárbaro habia rechazado durante siglos la conquista, habia quedado vivo en la memoria de los españoles. Por eso les parecia perjudicialísimo que se unieran a los invasores. Meditóse mucho sobre la manera de impedir que los indijenas faltando a la fidelidad reforzaran a los republicanos. Al fin de muchas cavilaciones, para eludir este eminente peligro, resolvióse enviar a la Araucania al religioso fr. Melchor Martínez con el objeto de que les impidiera quebrantar su juramento.

Era este padre mui idóneo para semejante comision. A mas de ser un hombre sagaz i bastante entendido, habia vivido cuarenta años entre los indijenas, hablaba su

idioma; poseía su amor, conocía sus costumbres i tenia nociones jeográficas de la comarca. Así fue que se desempeñó perfectamente, e hizo mas de lo que se le habia exigido. Tan luego como principió sus averiguaciones descubrió que nunca habia venido tal ingeniero frances al rio Diamante. Este dato le llevó a recelar lo que habia en realidad. Despachó a la otra banda buenos espías, i con sus noticias se afianzó en sus sospechas de que la intencion de San Martín no era acometer por allí. Comunicó al presidente el resultado de sus investigaciones, i le propuso que mas bien que aguardar a los patriotas fuese a desbaratarlos al mismo Mendoza.

La opinion tan terminante que manifestaba Martínez, de que el sud no seria atacado, no produjo igual convencimiento en el consejo de Marcó, porque si el puente no habia sido construido sobre el Diamante, el parlamento habia sido celebrado con los pehuenches. La esploracion no hizo, pues, sino sumerjir a los cortesanos mas i mas en la duda, en la ansiedad. Tenian fuertes presunciones para creer que el sud era el punto amagado; pero nada les aseguraba que el norte no lo estuviera tambien. En medio de estas perplejidades, no se les ocurrió otra cosa, sino desparramar las tropas para guardar con cuerpos parciales cada uno de los lugares que podian ser amenazados. Así inutilizaron a fuerza de dividirlo un ejército de mas 5000 veteranos sin incluir las milicias a sueldo, que reunido habria podido, sino, vencer a los insurgentes, al ménos resistirles con honor.

Hemos dicho mas arriba que lo que impulsó a los conquistadores a cometer esta torpeza, fué no solo la incertidumbre del camino que escojeria San Martín, sino tambien la actitud de la poblacion. Sentian que se ajitaba bajo el yugo, que sus simpatias eran para los invasores, su odio para ellos, que la habian oprimido tan brutalmente. Habian desconfiado de los criollos, cuando no les daban el mas lijero motivo ¿cómo no desconfiar, cuando sus recelos no eran sino demasiado fundados? A cada instante temian una insurreccion unánime, una toma de armas jeneral. Pensaban que el único medio de evitarla era ocupar militarmente cada ciudad, cada aldea, cada hacienda. Para realizar este sistema, se veian forzados a no tener ejército i a distribuir sus tropas por escuadrones, aun por compañías, a fin de alcanzar a guarnecer todos los puestos en tan dilatado territorio. No hai casi para que advertir que con semejante plan se condenaban a la impotencia de resistir a los republicanos.

Quando se está en posesion de estos antecedentes, se comprende mui bien el desden con que acogieron la idea que proponia Martínez de que en vez de quedarse quietos en Chile, fuesen a acometer en Mendoza el campamento mismo de los invasores. Sin duda el proyecto no podia ser mejor calculado, salvo el pasaje de los Andes, si el padre misionero les hubiera garantido que el pais no se sublevaria durante su ausencia. ¿Quién, a no ser un insensato, se habria atrevido a asegurarlo? Bastaba tener ojos i abrirlos para ver que lo contrario seria lo probable. A despecho del despliegue de tropas, a despecho de esos escuadrones escalonados, el pueblo no se limitaba ya a murmurar en la sombra, i principiaba a protestar a mano armada contra la dominacion goda. La provincia de Colchagua sobre todo se comovia. Los *guasos* de sus campos se organizaban en montoneras. Partidas de rebeldes correteaban por toda su estension. Los fundos de los propietarios tildados de realistas eran asaltados. La alarma se esparcia en la comarca. En una palabra el pueblo comenzaba las hostilidades, ántes de la llegada del ejército libertador.

Es ocasion de hablar aqui de un hombre que simple abogado i extraño hasta entonces a la carrera de las armas, hizo a los españoles una cruda guerra, i cooperó como el que mas al buen éxito de la expedicion trasandina; de un hombre que adquirió tanta gloria i desplegó tanto jenio en el peligro, que despues de la victoria llegó a inspirar celos al mismo San Martín. Don Manuel Rodríguez, secretario que habia sido de don José Miguel Carrera, dominado por un patriotismo ardiente, no se con-

formó con permanecer en Mendoza en la inacción después de la derrota de Rancagua, i a los pocos días de haber emigrado solicitó del gobernador de Cuyo que le confiase una misión importante i difícil, tal era, la de volver a Chile para participarle sus observaciones sobre la situación del país, dar curso a la correspondencia que quisiera entablar con los patriotas de por acá e inflamar el odio del pueblo contra sus opresores. Escusado parece advertir que el jeneral se apresuró a aceptar un ofrecimiento que tanto le cuadraba, i Rodríguez que no lo había hecho por baladronada, sino con la firme intención de cumplirlo, no perdió tampoco tiempo para dar principio a su arriesgado proyecto. Como lo había prometido, penetró en Chile, recorrió sus campos en todas direcciones, vivió en sus principales ciudades, entró en relaciones con los insurgentes solapados que estaban diseminados en toda la estension del territorio, repartió las proclamas i las cartas que se le remitían de Mendoza, atravesó tres veces los Andes para ir a comunicar en persona a San Martín el resultado de su misión, visitó a los ricos hacendados i a sus pobres inquilinos, a todos los excitó a la revuelta; sin embargo no se encontró nadie entre tan diversos linajes de jente que estimulado por el temor del castigo o la esperanza de la recompensa osara delatarse, supo escapar a todas las activas pesquisas de la policía, i se burló, puede decirse, cara a cara de todo el poder de los godos.

Para que se conciba bien cuánta habilidad supone esta maravillosa destreza, recuérdese cuál era el estado del país bajo el imperio de Ossorio i sobre todo bajo el de Marcó, cuál la vijilancia inquisitorial del gobierno, cuál el espionaje que atisbaba por todas partes hasta el menor jesto, cuál el terror cervical que con tales medios habían logrado despertar en la mayoría de los moradores; ténganse presentes las numerosas partidas que guardaban los caminos, las patrullas que cruzaban las campiñas, los cuerpos de tropa que cubrían toda la estension del reino, acantonados de distancia en distancia; nótese que no era lícito dar un paso sin permiso especial, que no se podía pasar de una ciudad a otra, mas aun que no se podía andar unas cuantas cuadras sin un pasaporte. No obstante un pobre proscrito se reía de esas minuciosas precauciones del despotismo, a su despecho se paseaba por donde mejor le convenia, se deslizaba por entre las guardias, se alojaba en casa de los mismos jueces.

En vano le perseguían con teson, Rodríguez siempre se les escapaba. De una imaginación traviesa i fecunda, era diestrisimo en disfrazarse. Ya buscaba su seguridad bajo la capucha de un fraile limosnero o el bonete de un minero, o bien iba libre de temor a sus negocios, llevando al hombro la bandola de un mercachifle ambulante, o bien todavía durante sus permanencias en Santiago se adaptaba el vestido del criado que servía al individuo con quien necesitaba conferenciar. Cierto día, convertido en calesero le abrió por su propia mano al mismo Marcó la portezuela de su coche, i le acomodó el estribo para que bajara, porque era de esos hombres que afrontan por gusto el peligro, i que a fuerza de audacia i sangre fria, logran conjurarlo. En uno de sus viajes a Mendoza cayó en manos de una de las partidas que cerraban los boquetes de la cordillera; había tomado la ropa i el aire indolente de un peon: el oficial que la mandaba le interrogó con cuidado, pero nada sospechó. Con todo no le puso desde luego en libertad. El destacamento se ocupaba en componer un camino, i dándole herramientas le obligó a trabajar. Rodríguez como si hubiera nacido peon, manejó durante dos días con tanta destreza el pico i el azadon, que cuando se concluyó la faena, le dejaron partir sin dificultad, no habiendo concedido el mas lijero récelo acerca de su verdadera condicion (6).

Otra vez se hallaba muy tranquilo en casa de uno de esos jueces de campaña cuya

amistad habia sabido conquistarse, cuando vinieron a avisarle que se acercaba un piquete para prenderle. Los soldados estaban ya mui próximos, i no habia cómo escapar. No obstante Rodriguez permació impasible, miró a su alrededor i casualmente sus ojos se fijaron en el cepo, mueble, como se sabe; indispensable en la casa de todo juez. En ménos de un minuto se le ocurrió como convertir aquel instrumento de tortura en su tabla de salvamento. Exijió de su amigo, que estaba tan azorado como un condenado a muerte, que le metiera i aprisionara en él con todo rigor, i mientras ejecutaba la operacion, le aleccionó para que diera por causa de su prision a los raien venidos, que no dejarian de interrogarle sobre el particular, una calaverada de jóven. Sucedió punto por punto como lo habia pensado. El oficial no dejó de indagar cuál era el motivo que habia merecido a aquel hombre tan severo tratamiento. El amor de la propia conservacion dió ánimos al juez para repetir bien su leccion, i como estaba calculada para interesar a jentes del jaez de los soldados, todos declararon que debia dársele soltura. Así mientras que guiados por el dueño de casa, se dirijian a un bosque vecino, donde esperaban sorprender a Rodriguez, este favorecido por los mismos que débian capturarle, se ponía en salvo por el lado opuesto (7).

Esta existencia novelesca, que no era más que un tejido de aventuras sorprendentes por el arrojó de su autor i de burlas picarezcas contra los agentes de un gobierno detestado, no podia ménos de cautivar la atencion de las masas. Rodriguez en poco tiempo llegó a ser un héroe verdaderamente popular. Todos le amaban, particularmente los *guasos*, que eran aquellos de los habitantes con quienes mas habia procurado ponerse en contacto. No limitaba sus aspiraciones a ser un simple cartero de San Martín, un mero instrumento de sus intrigas aquende la cordillera; su ambicion se habia fijado mas alto blanco; deseaba fomentar la insurreccion entre los mismos chilenos, i para eso, ningunos le parecian más propios que los moradores de los campos. Bien se le habia ocurrido que habria sido la quimera de un loco pretender levantar, no digo una division, sino un escuadron en un pais ocupado militarmente por el enemigo. Pero si semejante intento le habria parecido insensato, no creia tal el de promover la guerra de montoneras. Lo consideraba al contrario mui practicable, i si llegaba a realizarse, en extremo provechoso para la causa de la patria, porque de ese modo iba a suscitarse a los realistas un enemigo asaz molesto, puede decirse, dentro de su propio campamento. Todos sus trabajos tendian, pues, a ese fin, i para conseguirlo nada le importaba mas, que ganarse el afecto de los *guasos*. Ya hemos dicho que los miraba como los únicos capaces de comprometerse en la empresa. Los admirables conocimientos prácticos del terreno que poseen estos hombres, su valor imperturbable, su destreza en el caballo, su disimulo concentrado que les permite ocultar bajo la máscara de la sumision i mansedumbre sus instintos belicosos, todo esto los hacia aptísimos para entrar en una lucha de emboscadas i de asaltos, en la cual el buen éxito exige que se aúnen la astucia con el coraje.

Rodriguez habiéndose puesto en relacion con ellos por la intervencion de algunos hacendados patriotas, se los atrajo por la amabilidad de su carácter, los acaloró con sus palabras, los asombró con el atrevimiento de sus resoluciones i el denuedo con que las ejecutaba. Valiéndose de estos medios, se ligó con los fuertes vínculos del respeto i de la fidelidad a un gran número de los campesinos que habitan las comarcas comprendidas entre el Maipo i el Maule, i adquirió la certidumbre de que podia contar sobre su abnegacion. Su influencia era tanto mas poderosa, cuanto que la debia no al dinero, sino a sus calidades personales. La penuria de su bolsillo le habia forzado a ser parco en sus dádivas. Los regalos que ofrecia a sus nuevos amigos en prueba de amistad, nunca fueron valiosos, aunque si escogidos mui a su gusto. Si no les daba

(7) Conversacion con don Manuel Cervántes, compañero de Rodríguez.

plata, les obsequiaba en cambio vino, tabaco, azúcar i yerba, artículos de que llevaba siempre consigo una buena provision. Los campesinos recibían con reconocimiento estos humildes presentes, que les servían para satisfacer sus vicios predilectos; tales agasajos no podían ménos de acrecentar el cariño que le profesaban.

Cuando Radriíguez supo a ciencia cierta la proximidad de la venida de San Martín, creyó llegado el momento de obrar, i pensó en organizar sus guerrillas para distraer i embromar a los godos. En consecuencia, avisó a los que tenía palabreados de antemano que era ya tiempo de cumplir su compromiso, i de levantar el estandarte de la insurreccion. Todos respondieron a su llamamiento. Eran ellos o patriotas desesperados dispuestos a atropellar por todo, o hombres temerarios de esos a quienes nada intimidaba, o bandidos desalmados a quienes convenia tapar sus robos con la bandera de la revolucion. Guardáronse bien de reunirse en un solo grupo, que no habria tardado en ser desbaratado por las tropas realistas. Antes por el contrario, se dividieron en diversas bandas, que por lo jeneral no eran ni estables, ni compuestas de los mismos individuos, ni sujetas siempre al mismo caudillo, sino que se congregaban o separaban, segun habia o no un buen golpe que dar. Habia sin embargo tres que eran hasta cierto punto fijas i reconocian cada una su jefe. Estaban capitaneadas la una por don Francisco Villota, dueño de la hacienda de Teno, una de las mas importantes de la provincia de Colchagua, patriota distinguido, de corazon noble i de un valor a toda prueba; la otra por don Francisco Salas, vecino oscuro de San Fernando; i la tercera por el famoso salteador José Miguel Neira.

Se nos permitirá ántes de proseguir nuestra relacion, detenernos un poco en la historia de esta última partida, que llegó a hacerse célebre por lo mucho que incomodó a los realistas i por los grandes atrocidades que cometió. Esperamos que se estará tanto mas dispuestos a perdonarnos esta digresion, cuanto que el relato de las fechorias de estos bandidos puede servir hasta cierto punto para figurarse la vida i la táctica de los demas montoneros. Neira habia sido en su juventud ovejero; de guardar rebaños habia pasado a saltar hombres en los caminos. Andando el tiempo se habia creado una gran reputacion en su oficio. Otros parecidos a él se le habian agregado, i habia pasado a ser capitán de bandoleros. Era un facincroso que tenia por máxima matar siempre al enemigo, para ponerlo en la impotencia de vengarse. No obstante, como todos los bandidos, dejaba vislumbrar de cuando en cuando un destello de jenerosidad. Una noche con otros cuatro habia asaltado el rancho de un pobre *guasano* llamado Florencio Guajardo, que vivia solo en compañía de su mujer. Al sentir este la proximidad de los ladrones, se habia armado de un chuzo, apagado la vela i esperádolos a pié firme a la entrada de su cuarto. El primero que osó penetrar a tientas en la oscuridad, cayó por tierra dando grandes alaridos; Guajardo con su chuzo le habia roto una pierna. Neira mientras sus otros compañeros retiraban al herido, se precipitó adentro furioso con la resistencia; Guajardo le recibió en la punta de su arma, i le abrió en la frente una ancha herida, cuya cicatriz siempre conservó. El bandido perdió el sentido, i el dueño de la casa se aprovechó de aquel momento para escapar como pudo. Aunque Neira quedó postrado i permaneció durante mucho tiempo luchando con la muerte, Florencio no se atrevió a continuar viviendo en el pais, porque era cosa sabida que aquel era terrible en sus venganzas. Trascurrieron muchos meses; Neira era ya jefe de guerrillas, cuando un dia que marchaba al frente de su tropa, se encontró con Guajardo. Le hizo rodear en el acto, i le manifestó que iba a tomar represalias de la herida que tanto le habia hecho sufrir. El prisionero sin desconcertarse le respondió que no seria grande hazña que ayudado por tantos le oprimiera. El bandolero sintió el reproche, mandó darle un sable i que nadie se entrometiera en su querrela, i en seguida entró en un combate singular con

su adversario. Guajardo mas diestro o mas feliz le hirió todavía, i Neira le proclamó un valiente, dejándole ir en libertad (8).

Rodríguez, que conoció al antiguo ovejero durante sus correrías, le convirtió al patriotismo, le arrancó la promesa de no robar sino a los godos, promesa que como se colejará no siempre cumplió, i le hizo consentir en formar una montonera de su gavilla correspondientemente aumentada. Neira entró en campaña con 60 o 70 individuos todos bárbaros i sanguinarios como él; pero como él tambien diestros i arrojos. Los reclutas que se habian incorporado a la cuadrilla para ponerla en pié de guerra, no habian obtenido su admision, sino dando sus pruebas. Consistian estas en sufrir estoicamente veinte i cinco azotes, o en mostrar en una lucha a machetazos con Illanes, el segundo de la banda, que los sabian dar tales i tan buenos. Con jente de esta especie, se concibe sin trabajo que Neira diese mucho que hacer a los españoles i mantuviera en alarma toda la comarca. Ya se anunciaba que un convoi de pertrechos habia caido entre sus manos, o bien que un rico hacendado realista habia sido saqueado. Todos los dias se corria alguna noticia por este estilo, lo que contribuia no poco a fomentar la agitacion.

Los españoles perseguian a Neira con todo el empeño que imaginarse puede; pero era mui baqueano del terreno i los burlaba con facilidad. Nunca caia sobre los destacamentos del gobierno, sino cuando por su superioridad numérica estaba seguro de vencer. Si encontraba costosa la victoria, cada uno de sus parciales, segun órdenes impartidas con anticipacion, corria por su lado, para volver a reunirse en lugares que tenian tambien designados. Nada mas propio para semejante táctica, que las tierras de la provincia de Colchagua, vecinas a la cordillera, que habian elegido para sus incursiones tanto esta, como las demas montoneras. Campos son esos que están cubiertos de montes tupidos i estensos, pordonde solo un práctico puede caminar sin desorientarse. Los atraviesan sendas de baqueros, fragosas i casi intransitables, trazadas al parecer para entorpecer la marcha de los escuadrones regulares. Están dominados por las faldas de los Andes, cuyas eminencias convertian los rebeldes en atalayas, desde las cuales exploraban a lo léjos si venian a atacarlos, i calculaban, segun el número de los agresores, si les convenia quedar o retirarse. Cuando eran obligados a permanecer ocultos por muchos dias, nada les incomodaba; tenian en abundancia con que satisfacer su sed i su hambre; los torrentes les proporcionaban agua; los ganados que poblaban aquellas serranías, cuanta carne fresca apetecieran.

Todas las demas guerrillas seguian la misma conducta que Neira, ménos los robos i el pillaje. Con semejante táctica se aprovechaban de todas las ventajas naturales, e imponian una ruda tarea a las tropas encargadas de perseguirlas. De ahí resultó que el gobierno, que se exajeraba aun su importancia, tomándolas por las avanzadas del ejército de San Martín, comenzó a destacar contra ellas escuadron tras escuadron, hasta que vino a tener empleados en su seguimiento a 2600 de sus mejores soldados, los mismos que embromados por las montoneras dejaron de concurrir a la batalla de Chacabuco (9). Lo peor del caso era que bien poca cosa lograban tantas fuerzas combinadas. Las bandas les huian el bulto siempre que se les antojaba, cambiaban con los realistas algunas balas a escape, i se desaparecian a su aproximacion. En cierta ocasion una partida de carabineros de Abascal, haciendo un reconocimiento en un bosque sorprendió dormidos a Neira i dos de sus compañeros; pero no anduvo tan lista, que no les permitiera huir; eso si que la premura fué tanta, que Neira tuvo que hacerlo en camisa i descalzo. Inmediatamente rodearon el bosque, i empezaron con prolij-

(8) Esta anécdota, asi como otros muchos de los datos de que nos hemos servido para componer esta parte de nuestro trabajo, se los debemos a don Mateo Olmedo, que los ha recojido en la provincia de Colchagua de boca de los mismos montoneros o de testigos presenciales.

(9) Conversacion con don Manuel Barañao.

dad sus pesquisas, casi ciertos de atraparle. Estaban en esta operacion, cuando un centinela avisó que se presentaban en actitud hostil de 20 a 46 hombres armados. Hubo que suspender el registro para salir a combatirlos. Los asaltantes dispararon algunos tiros, i se pusieron en retirada. Los carabineros corrieron tras ellos; los montoneros continuaron huyendo, i así les hicieron caminar seis leguas por unos cerros escarpadissimos, hasta que al fin se les perdieron de vista. El resultado de tanto afanarse fué que dieran tiempo para que se les escabuyera por entre las malezas el capitán de la gavilla, a quien creían haber dejado perfectamente acorralado; de modo que después de tanta fatiga, en vez del famoso bandido, solo se encontraron con su casaca que habia abandonado en el bosque, algunas armas i caballos i cuatro prisioneros que habian tomado entre los rezagados. Estos últimos fueron fusilados sin tardanza, i marcharon a la muerte vanagloriándose de haber venido resueltos a arrostrarlo todo, con tal de salvar a su caudillo. Poco mas o ménos, a algo parecido a esto se reducian los triunfos que obtenian los godos en esta guerra a despecho de su gran despliegue de tropas (10).

El gobierno habia procurado desbaratar las guerrillas no solo empleando la fuerza, sino tambien fomentando la traicion entre sus mismos cómplices, para lo cual habia ofrecido mil pesos por cada una de las cabezas de Rodriguez i de Neira, i el perdón del *delito mas atroz*, si es que lo habia cometido el que los vendiera; i vice-versa habia amenazado con los mas terribles castigos a los que hospedaran o favorecieran de cualquier manera a los insurrectos (11). Al que se le sospechaba siquiera de connivencia con ellos, se le quemaba hasta su rancho, como si se quisiera castigar la complicidad aun en los objetos inanimados. Mas inútil era tanto rigor. Cuando muchos de aquellos miserables campesinos con solo una palabra habrian asegurado su existencia, si lo hubieran querido, no se halló un solo traidor que la pronunciara, prueba irrecusable del inmenso prestigio que sobre ellos habia adquirido Rodriguez. Solo una vez en uno de los continuos encuentros que tenian los soldados con los montoneros, un *guaso* que acompañaba a los primeros, enlasó a otro que iba con los segundos. i tuvo bastante labia para persuadir que su prisionero no era otro que el buscado Neira. Trajéronlos a ambos a Santiago, al uno para ser descuartizado, al otro para ser recompensado. Entraron a la capital en medio de repiques de campana i de un gran jentío, que curioso habia acudido a conocer al célebre bandolero. Mas desgraciadamente para los realistas, el gozo no les duró sino aquel día, pues al siguiente reconocieron que habian sido engañados, i que habian perdido sus mil pesos. Fuera de este, no tenemos noticia de que los bandos produjeran otro efecto.

Al contrario Rodriguez i los suyos comenzaron a cobrar ánimos de día en día, i no contentos con molestar a los godos en los campos, resolvieron asaltar las poblaciones mismas. Fué la de Melipilla, situada solo a diez i ocho leguas de la capital, la primera que escogió para hacer alarde de su coraje i dar una muestra patente del desden con que miraba las impotentes amenazas del gobierno. Al efecto salió de su escondite acompañado únicamente de unos cuantos de sus parciales, i se dirigió a aquella villa con tanta tranquilidad, como si fuera el jefe de un destacamento realista. Durante la marcha engrosó su partida hasta completar unos 200 hombres, que equipó, como pudo, con toda especie de armas. Ejecutó sus movimientos con tanta rapidez, que el 4 de enero de 1817 cayó sobre el pueblo mencionado sin que las autoridades hubieran tenido el menor conocimiento de su proximidad, se enseñoreó de él sin resistencia al grito de *Viva la Patria*, hizo prisionero al gobernador Tejeros, entregó el estanco de sus compañeros para recompensarles sus servicios, i

(10) Gaceta del Rei, T. 2. N. 105.

(11) Bando de 7 de Noviembre de 1816.

permaneció quieto desde por la mañana hasta las cinco de la tarde, como para reco-  
brarse del cansancio del viaje, apesar de las observaciones de los muchos que le ha-  
cian presente el riesgo a que se estaba esponiendo. Al fin a esa hora noticioso de que  
se acercaba una fuerza enemiga, abandonó la posicion, i principió a ponerse en reti-  
rada, llevándose consigo a Tejéros i su asistente (12).

Por el camino se fué, segun su costumbre, disolviendo la banda para burlar así  
las pesquisas de la jente de Marcó. Operacion fué aquella que le demandó no poco  
tiempo i trabajo, porque Rodriguez descuidando la suya propia, atendia a la seguri-  
dad de cada uno de sus allegados con un cariño verdaderamente paternal. No vino a  
pensar en la salvacion de su persona, sino cuando estuvo casi cierto de que su temer-  
idad no acarrearía ningun mal a los que le habian acompañado. Entónces seguido  
solo de cuatro de sus hombres, que custodiaban a los dos prisioneros, se encaminó a  
una de sus guaridas habituales, situada en la hacienda de San Vicente, a las márje-  
nes del Maipo, que corre allí por una quebrada profunda, cuyas orillas fecundadas por  
la humedad de sus aguas deja cubiertas de espesos bosques. No habia descansado aun  
de su peligrosa escursion, cuando el mayordomo, a quien habia sabido ganarse, vino  
a avisarle, esponiendo talvez la vida, que acababa de llegar en su persecucion una  
tropa capitaneada por el mismo San Bruno, i que se disponian a rodear la hacienda  
para darle caza. La situacion de Rodriguez no podia ser mas critica. En Santiago su  
ataque contra Melipilla habia causado una alarma espantosa. Marcó i sus palaciegos  
estaban furiosos. No veian mas que sangre, no hablaban mas que de horcas. Nada  
irrita mas a un gobierno, i sobre todo a un gobierno despótico, que verse escarnecido  
por adversarios que en sí considera débiles i pequeños. Se resolvió escarmentar a los  
insolentes montoneros, costase lo que costase. Se destacaron partidas en todas direc-  
ciones; todos los caminos, todos los pasos fueron guardados. San Bruno iba de ran-  
cho en rancho, averiguando el paradero del proscrito materialmente con el látigo en  
la mano; ofrecia a los *guasos* comprarles sus noticias a precio de oro; pero en quan-  
to a los sospechosos que guardaban silencio, a esos mandaba azotarlos sin compasion  
i reducir a cenizas sus miserables viviendas. Sin embargo hasta entónces a nadie le  
habia arrancado una sola palabra; mas de un momento a otro podia encontrarse  
uno ménos esforzado o ménos fiel, que no tuviera corazon para resistir con igual he-  
roicidad a las torturas del tirano,

Rodriguez escuchó inalterable como siempre la relacion del mayordomo. El riesgo  
no le tomaba de nuevo; era demasiado previsor para que no lo hubiera calculado  
de antemano. Sin tardanza hizo ensillar las cabalgaduras, i escoltado por sus cuatro  
amigos i conduciendo a los dos prisioneros, buscó como burlar la persecucion, atra-  
vesando el rio por un paraje inmediato, que por lo escarpado i fragoso se habian  
los realistas descuidado de guardar. Realizó su intento felizmente, aunque tenia en  
su contra la circunstancia de no ser un buen jinete, como quizá lo haria presumir la  
naturaleza de sus correrías, i de que se le desvanecia completamente la cabeza en el  
pasaje de los rios.

Internóse por las serranias de Naltagua, i creíase ya salvo bajo los tupidos bosques  
de tréboles, quilos, maquis i canelos que sombrean aquellos lugares, cuando se sintió  
descubierto por los moradores de la hacienda, que habiendo sabido que estraños  
vagaban por sus dominios, los habian tomado, o bien por lo que eran en realidad, o  
por ladrones de animales, i les habian seguido la pista. Encontráronse entónces los  
fujitivos en tal situacion, que se vieron forzados a abandonar sus cabalgaduras agoladas  
por una larga jornada, i a continuar a pié su fuga. No se les presentó otro arbitrio,  
que engolfarse por una travesia que seguía las faldas de escarpados cerros, i que

(12) Conversacion con el jeneral don José Santiago Aldunate, que se hallaba a la sazón en Melipi-  
lla.

enmarañadas malezas hacian casi intransitable. A poco andar rompióseles el calzado, i tuvieron que proseguir su carrera con los piés desnudos por entre zarzas i rocas.

La fatiga, la zozobra, la necesidad en que se encontraban de marchar lijero con preferencia a todo, no les permitieron vijilar como hubieran debido a los prisioneros. Aprovechándose el asistente de esta negligencia, logró fugarse. Nuevo motivo de ansiedad fué este para Rodríguez i los suyos. Si aquel hombre era práctico en el terreno, iba sin duda a servir de guia a sus perseguidores. Una estenuacion completa de fuerzas habia impedido a Tejeros imitar la conducta de su asistente. Poco habituado a semejantes correrías, no podia ya moverse por sus piés. Su transporte llegó a ser otro grandé embarazo para sus conductores. Tenian que llevarle en hombros i entre dos. No tardaron en conocer que aquel peso los retardaba considerablemente en su marcha. Era necesario resolverse a ser pillados o a abandonarle. Pero dejarle en el camino era un medio de seguro de que los atrapasen, porque él no habria ciertamente guardado como un secreto la direccion que tomasen. En esta alternativa uno de entre ellos propuso quitarle con la vida la posibilidad de dañarlos. Rodríguez que no era sanguinario, manifestó repugnancia por adoptar aquel dictámen. Su objeto al apoderarse del gobernador de Melipilla, no habia sido darle la muerte. Si tal hubiera sido su intento, no le habria conducido a tanta costa hasta aquel punto. Mas al fin, mal que le pesase, se vió precisado a convenir que el problema no tenia otra solución. Habia presunciones para suponer que las partidas realistas no estaban muy distantes; de la mayor o menor prisa que empleasen los proscritos, dependia por consiguiente su salvacion. Si se llevaban a Tejeros, tenian que andar a paso de tortuga; si le daban soltura, su pérdida era mas que probable. No hubo, pues, remedio, i tuvieron que sacrificar a su seguridad la vida del malaventurado talavera (13).

Libres de todo estorbo i favorecidos por su conocimiento de los lugares, los monteros supieron burlar todas las pesquisas. Bien pronto volvieron a aperarse de caballos, i pudieron así continuar su viaje con mas holgura i rapidez. Sin embargo les faltaba mucho todavia para considerarse a salvo. Los destacamentos realistas rondaban por todos aquellos parajes, i como estaban en la firme persuasion de que Rodríguez no habia salido de aquellos alrededores, le buscaban con ese encarnizamiento i esa prolijidad que siempre inspira la certidumbre de encontrar. Los *guasos*, aun los que no ignoraban el paradero de los fujitivos, permanecian mudos i fieles; mas los duros castigos que infligian los godos a diestro i siniestro, propagaban el terror por toda la comarca. Por consiguiente era muy de temer que el miedo hiciese romper el silencio a aquellas jentes groseras, i entónces no habia ya escapatoria posible.

Afortunadamente el movimiento que Rodríguez habia dirigido contra Melipilla, no habia sido aislado. Calculando el jefe de las guerrillas que una vez dado el golpe, él seria rodeado, para desorientar a los godos habia ordenado a don Francisco Sálas, que con su banda cayese sobre San Fernando precisamente siete dias despues de aquel en que pensaba dar el asalto sobre la villa (14). Sálas asociado con don Feliciano Silva cumplió al pié de la letra con las instrucciones que habia recibido. El dia designado se precipitó con grande alboroto sobre la ciudad, arrastrando consigo cierto número de cueros, cargados de piedras para simular el rodado de los cañones. El gobernador Osores con los 80 o 400 hombres que componian la guarnicion salió a rechazarlo; pero fué completamente desecho i puesto en vergonzosa derrota. Los insurjentes tomaron

(13) La mayor parte de los datos anteriores nos han sido comunicados por don Vicente Arlegui, que ha tenido la bondad de recojerlos para nosotros del anciano Melchor Herrera, mayordomo de la hacienda de San Vicente en la época de los sucesos referidos.

(14) Esto consta de una presentacion elevada al Congreso por don Feliciano Silva.

como precio de su hazaña las especies del estanco, i con el alba se volvieron a sus guaridas.

Cuando se recibió en la capital la nueva de este suceso, redobló, si tal cosa era ya posible, la rabia de los godos. No dejaron de atribuir como siempre la concepcion i ejecucion del proyecto a Rodriguez, el cual supusieron se les habria pasado por alguna de esas veredas ignoradas, de que eran tan baqueanos sus secuaces. Imbuidos con esta idea, suspendieron sus investigaciones por los contornos de Melipilla, minoraron la vijilancia por aquel lado i fijaron su principal atencion en la provincia de Colchagua, donde, engañados por el último ataque, presumian que estuviera el cuartel jeneral de los montoneros como tambien su caudillo. Así todo sucedia, como lo habia conjeturado Rodriguez. Gracias al cambio de posicion que su falsa sospecha hizo operar a las partidas realistas, pudo trasladarse sin obstáculo de Algüé, endonde le habian tenido rodeado, a los cerros de Yaquil, i encaminarse de ahí a otros puntos mas seguros, endonde las circunstancias le permitian obrar con ménos coaccion.

Pero si el caporal de las guerrillas i sus valientes compañeros consigueron sustraerse a las venganzas de los españoles, no así el indefenso e inocente pueblo de San Fernando. Furioso Marcó i su círculo con las dos mencionadas intenciones que habia coronado un éxito tan feliz, destacó a esta última ciudad al comandante de los Húzares de la Concordia reforzado con el batallon de Chiloé, dándole la órden espresa «que dondequiera que encontrase un paisano con las armas en la mano, sin mas sumario ni cerimonia lo fusilase al momento» (15). No hai para que advertir que en la poblacion no habia quedado ninguno de los que habian concurrido al asalto, porque eso era tan natural, que lo estraño hubiera sido, que no hubiese sucedido de esta manera; la horca inspiraba a todos ellos demasiado horror para que no fueran a buscar en los bosques i serranias un asilo contra el verdugo. No obstante el comisionado de Marcó a falta de culpables, aprisionó en cumplimiento de sus órdenes a todos aquellos sobre quienes pesaba la mas lijera apariencia de complicidad, e hizo fusilar sin mas trámites a siete de aquellos infelices (16).

Al presidente le pareció todavia corto el número de las víctimas; queria mas sangre, mas ejecuciones, i reprendió terciamente por su lenidad al comandante de los Húzares. Para que que no se nos tache de exajeracion, hé aquí el oficio. «Enero 24 de 1817. Desde el día que U.S. me comunicó la ejecucion de haber pasado por las armas a siete criminales, no se ha vuelto a dar parte alguno de esta naturaleza, cuando estoi seguro que son muchos los que merecen de justicia igual escarmiento. En esta virtud encargo a U.S. mui particularmente la ajilacion i brevedad en evacuar los sumarios que por lei militar no deben pasar de veinte i cuatro horas, i puesta la sentencia debe ejecutarse al momento el castigo para escarmentar esa canalla que no cede al bien i no oye la voz de la razon. Si no estuviesen completos los individuos de la comision por haber tomado otro destino, supla U.S. los votos con subalternos, i si no hubiere bastantes, con oficiales de esas milicias que sean de su satisfaccion. El asunto es que no se demoren las causas ni se retarden los escarmientos. Dios guarde a U.S.—Marcó del Pont.»

Es preciso advertir que las comisiones militares existentes en las cabeceras de departamentos, de que se hace mérito en esta nota, se componian de hombres mas feroces que las leyes mismas segun las cuales juzgaban. Eran sus miembros por lo jeneral soldados europeos, elevados en Chile al rango de oficiales, que habian salido de

(15) Oficio del 13 de Enero.

(16) Los nombres de estos infelices son: Manuel Llanca, Juan Llanca, Juan Moreno, José María Villavicencio, José Régulo Galves, José Peñalosa i Tomas Nilo. La ejecucion tuvo lugar el 13 de Enero de 1817.

la hez del pueblo i algunos aun de las cárceles i presidios, i que miraban a los criollos como sus enemigos naturales. Ahora se comprenderá bien cual seria el despotismo de semejantes hombres, a quienes la autoridad léjos de contener, azuzaba contra la poblacion.

No obstante, esas comisiones excepcionales, esos bandos sanguinarios, esos cadavros, ese sistema de terror practicado sin misericordia, todo fué ineficaz para extinguir las guerrillas. Cuando la chispa revolucionaria ha prendido en el alma del pueblo, se necesita para apagarla que se derrame mucha sangre. Los españoles con sus injustificables tiranías, con sus estúpidos conatos de tratar a los chilenos como a súbditos en vez de acariciarlos como necesarios, habian hecho comprender a las masas las ideas de emancipacion, de independencía que al principiar la crisis solo habian jermiado en las cabezas de los hombres pensadores como teorías, como sueños de ejecucion remota. La insurreccion habia arrojado ya raices en el corazon de la multitud, i llegada a ese extremo, ahogaría era mui difícil, por no decir imposible. Eso nos explica como a despecho de la furia de los godos, como con desprecio de sus terribles amenazas, que la esperiencia demostraba no limitarse a meras palabras, los montoneros no acobardaban, se acrecentaban al contrario de dia en dia i se manifestaban cada vez mas i mas osados.

Cuando no se habia disipado aun el espanto producido por las bárbaras ejecuciones de San Fernando, cuando era de suponer a los rebeldes escarmentados con aquel ejemplo que les notificaba qué suerte seria la suya, el bravo don Francisco Villota convocaba impasible su banda para asaltar a Curicó. Por desgracia su empresa distó mucho de ser terminada tan felizmente, como la de Rodriguez en Melipilla i la de Sálas en San Fernando. Habiendo congregado unos 60 *guasos* acometió el pueblo indicado, pero fué rechazado con pérdida. Algunos de los suyos cayeron prisioneros i pagaron su patriotismo con la vida. El mismo con el resto de su jente escapó con dificultad, i pudo retirarse a duras penas a los llanos de Huemul. Al principio logró ocultar su asilo a los realistas, i comenzaba ya a repararse de su desastre, cuando fué denunciado su paradero a Morgado, el que con 50 infantes i 28 dragones se puso en su seguimiento sobre la marcha. Llegado al campamento de los montoneros i percibiendo que le esperaban formados en batalla, ordenó a sus soldados que avanzasen sin disparar sus fusiles hasta que se hallasen a mui corto trecho de los rebeldes. Asi lo hicieron, i su descarga fué bastante mortífera para los patriotas. Entónces estos, encontrándose inferiores, segun su costumbre, comenzaron a retirarse, pero sin entregarse a una fuga desordenada.

Villota, que montaba en aquella ocision uno de sus mejores caballos, no pudo resistir a la tentacion de burlar a sus perseguidores, mandó a los suyos que continuasen ganando terreno, i él se quedó atras toreando a los realistas. Con el calor de su peligroso juego no se orientó bien del lugar en que se encontraba. De repente se halló metido en una vega. Su caballo que se hundia en el barro casi no podia moverse, mientras que los enemigos, que habian sabido evitar aquella trampa natural, avanzaban sin tropiezo. A cada instante era menor la distancia que los separaba. Villota trabajó con el aliento de la desesperacion para salir del pantano que le aprisionaba. Le fué imposible. Conoció entónces que aquella seria su última proeza, i amartillando sus pistolas, se preparó a morir denonadamente, como habia vivido. No tardaron en alcanzarle dos soldados, uno de a pié, otro de a caballo. Iba a descargar ca si a boca de cañon sobre el primero, cuando con un tremendo sablazo se lo estorbó el segundo. En medio de su agonía recordó que ocultaba dentro de la bota un billete de un clérigo patriota Farías, que podia encontrarse mui comprometido, si caia en manos de los agentes del gobierno. Corria por ahí próxima una acequia, i arrastrándose como pudo hacia ella bajo los golpes de sus encarnizados adversarios, pro-

curo destruir en el agua aquel papel, que importaba una sentencia de muerte para un amigo; mas sucumbió antes de lograrlo. El billete fué descubierto, Fariñas fué en consecuencia aprehendido, condenado i conducido al suplicio, dedonde le salvó un raro i milagroso movimiento de compasion que consiguió inspirar a un jefe militar (17).

Los realistas celebraron la muerte de Villota como una victoria espléndida. Después de Rodriguez, era el caudillo mas popular. Por servir a la santa causa de la independencia, habia renunciado a todas sus comodidades, i trocado el regalo i los gozes de un rico hacendado como era, por las penurias i miserias del proscrito. Cuando los españoles se enseñorearon del pais, no escusó los compromisos con el silencio. Protestó contra su dominacion, maldijo su despotismo en alta voz. Su noble franqueza le valió una tenaz persecucion. Para evitar malos tratamientos tuvo que ocultarse. Mas su prudencia no fué tanta, que no diese bien pronto a los godos motivos para ocuparse de su persona.

Entre los oficiales que componian la guarnicion de Curicó, habia un capitan llamado Ornas, que se singularizaba entre los demas por su altanería i soberbia. Su desden por los vencidos i sus malos procederes para con los habitantes, le habian hecho odioso. Villota exacerbado, como sus demas paisanos por la insolencia de aquel español, no se resolvió como los otros ménos audaces a dejarle impune. Avisó a sus amigos que habia decidido que un bofeton dado por su fuerte puño seria el castigo de aquel desvergonzado sarraceno, i fiel a su palabra, le esperó una noche a la salida de un café, que situado en la plaza principal, servia de punto de reunion a los vecinos de la ciudad. Tan luego como apareció el oficial, le descargó en el rostro un feroz puñetazo, i aprovechándose de la confusion de su adversario, consiguió escaparse sin dificultad. Ornas pateaba de furor por haber soportado la injuria mayor que puede recibir un hombre, i no hallar como vengarla. Ofreció una gruesa cantidad al que le descubriera el paradero de Villota; pero todo su empeño quedó burlado, porque, su ofensor estaba mui bien quisto i no se encontró quien se infamase, delatándole por dinero.

Cuando Rodriguez habia tratado de organizar las montoneras, Villota habia sido uno de sus mas activos cooperadores; habia puesto a su disposicion sus bienes, su inquilinos, su persona. Al frente de su partida, no cesó él mismo de molestar a las tropas del gobierno, hasta que por la sensible fatalidad que hemos referido, su jenerosa abnegacion le condujo a un destino mui distinto del que merecia.

Entre tanto la ventaja obtenida en los llanos de Huemuí no era ni con mucho decisiva. En aquel reencuentro habia perecido un caudillo meritorio, pero no las montoneras, que léjos de eso se multiplicaban a medida que se iba esparciendo la voz de que la invasion de San Martín estaba ya mui próxima. Semejante obstinacion hizo perder todo el tino a la camarilla de Marcó, i le impulsó a tomar providencias tan disparatadas i desfavorables a su propia causa, que no pueden ménos de contarse entre los resultados mas brillantes alcanzados por las montoneras. Desesperados los realistas de destruir las bandas por los medios ordinarios empleados hasta entónces, resolvieron desbaratarlas, ni mas ni ménos, como se limpian, las haciendas de las alimañas que las infestan. Con el objeto de quitarles todo albergue, recurrieron al peregrino espediente de incendiar los bosques i sementeras, irrogando incalculables perjuicios a los propietarios. Para impedir que en adelante se surtieran de cabalgaduras o reemplazaran las que perdiesen, ordenaron que nadie, a no ser militar o emisario del gobierno, pudiese viajar en ninguna especie de bestia en la estension comprendida desde el Marpo hasta el Maule. Los vecinos de Colchagua, Curicó i Talca debian entregar a la autoridad, para ser trasladadas a los partidos de Rancagua, Santiago,

(17) Parte de Morgado de 13 de Febrero de 1817, Valdiviano Federal N. 69 i Datos orales.

Andes i Aconcagua, sus caballadas, que no les serian devueltas hasta nueva orden. La muerte era la sancion de estas disposiciones arbitrarias (18). No contento Marcó con agrupar todos aquellos ganados, donde mejor se le antojó, arrancó a ricos i pobres cuantos caballos le fueron necesarios para montar su ejército, i en Santiago se apoderó hasta de las mulas caleseras, a pretesto de que estando acostumbradas a tirar carruajes, eran excelentes para conducir el tren de artilleria (19). Quien conozca los hábitos e ideas de nuestros *guasos*, «que estiman mas su caballo que su propia mujer» (20), ese comprenderá la irritacion i los impetus de venganza que tal esplotacion excitó en ellos. «Esta imprudente medida, dice un historiador contemporáneo, fué la que mas eficazmente hizo patriota a todo el reino.»

Estas precauciones del despotismo, como casi siempre suele suceder, perjudicaron en vez de favorecer a los que las habian dictado. En vano se incendiaron los campos; los rebeldes encontraron techo en que guarecerse. En vano se quiso privarlos de caballos; los *guasos* se los llevaron espontáneamente, i eso cuando no iban a alistarse en persona bajo la bandera de la insurreccion. En vano se intentó esterminarlos, porque sobrevivieron a la dominacion de los godos, i solo se dispersaron cuando los opresores habian recibido un golpe de muerte.

En medio de los azares que le causaban las guerrillas i el levantamiento de la poblacion, ocupaba todavía la atencion de Marcó un asunto que no era a sus ojos de menor gravedad. San Martín para robustecerle en la persuasion de que la invasion venia por el sud i alejar de Valparaiso dos buques de guerra españoles que podian incomodarle, le anunció por una de esas falsas cartas, a que tanto crédito daba Marcó, la noticia de que habian zarpado de Buenos Aires el 25 de Octubre una fragata, tres corbetas, una goleta, dos bergantines i cuatro trasportes destinados a atacar a Talcahuano i San Vicente, para obrar en combinacion con las fuerzas de tierra, que ya se movian desde Mendoza sobre la provincia de Concepcion. Era imposible que tal escuadra hubiera salido, porque nunca habia existido; pero Marcó trayendo a la memoria el curso de Brown, consideró probable su venida, i con esto sus apuros se redoblaron. Si ántes se habia propuesto defender cerca de 400 leguas por el lado de la cordillera, ahora se creia obligado ademas a proteger contra un desembarco las dilatadas costas de la República. Así fué que, a pesar de la escasez de dinero i de soldados, gastó 30,000 pesos en reparar la *Venganza* i la *Sebastiana*, completó su tripulacion con tropa veterana i las lanzó contra una flota imaginaria, que esperaba encontrar desunida i maltratada por su reciente travesía del cabo de Hornos (21).

(18) Bando de 22 de Enero de 1817.

(19) Archivo del Ministerio del Interior.

(20) Guzman, el Chileno Instruido en la Historia de su País.

(21) Para que se vea el candor con que Marcó creía, por inverosímiles que fuesen, las falsas noticias que San Martín le comunicaba por medio de las supuestas cartas de Castillo Albo, léase el siguiente documento que sacamos del Ministerio del Interior, donde quedan otros varios sobre la materia, en el cual reconoce con la mayor buena fé la existencia de una escuadra argentina que va a atacarle en combinacion con las fuerzas de tierra i toma medidas para impedirlo.

«Señor don Tomas Blanco Cabrera, comandante de la fragata de S. M. La Venganza.

Quando estimulé a U.S. por mi oficio de 13 a una conferencia viniendo a esta capital, fué para significarle la imperiosa necesidad de variar cualquier objeto en espedicion, dirijiéndola contra los enemigos de Buenos Aires en estos mares. Tengo segura noticia de haber salido de allí el 25 de Octubre una fragata, tres corbetas, una goleta, dos bergantines armados i cuatro trasportes con 400 hombres de desembarco i fusiles para armar sus partidarios, atacando a Talcahuano i San Vicente en combinacion de las fuerzas de tierra que ya están en movimiento de Mendoza contra la provincia de Concepcion i los partidos del sud de esta capital. A estas invasiones no me es permitido resistir con el corto ejército de mi mando en una línea descubierta de cerca de 400 leguas de mar i cordillera.—Ningun servicio es mas ejecutivo e importante, ni ningunas órdenes, aunque sean del Rei, pueden estar en oposicion de preferir este objeto. La fragata del mando de U.S. ha sido destinada de España espresamente para la seguridad de este continente. Las instrucciones del Exmo. Señor Virrei deben estimarse condicionales, pues no es presumible que si U.S. en su derrota encuentra otros enemigos que los que fué a buscar a Galápagos, los dejase por la espalda i siguiese al Callao. Por lo mismo de ser uno de sus destinos la esplotacion de las islas, puertos i costas de este reino, es claro que está en el plan de su

Dejemos a Marco entregado a sus zozobras e incertidumbres, i volvamos a San Martín, que tenía sobre su adversario la ventaja inmensa de haber fijado un plan de operaciones. Mientras el presidente de Chile se perdía en cavilaciones i no hallaba qué hacerse con sus tropas, el jeneral argentino había determinado con la mayor precision el camino que debían seguir las suyas, los parajes donde debían hacer alto para descansar, i aun las horas que debían emplear en las jornadas, siendo lo mas admirable que había calculado él solo i sin consultar a nadie todos estos pormenores. La reserva en estas materias le parecia una de las condiciones mas esenciales para el triunfo de su empresa. Si el enemigo llegaba a conocer la ruta que iba a tomar i consiguientemente el punto donde debía desembocar, su ejército habría sucumbido abrumado por la fuerza del número. Para evitar un descalabro e impedir que una imprudencia o una traicion revelaran a los españoles dato tan importante, era preciso que del jefe abajo ninguno supiera un secreto de que dependía la vida de millares de hombres i la libertad de tres repúblicas. Consistiendo todas las probabilidades de la victoria en la ignorancia del itinerario, ninguna precaucion parecia excesiva para lograr que no se descubriera. Esta consideracion había movido a San Martín a acantonar sus tropas, que ascendían a unos 4,000 hombres incluso las milicias, a corta distancia de Mendoza, i a rodear el campamento con guardias que prohibían a los soldados comunicarse con los moradores de la ciudad, a fin de que por ningún motivo pudiera traslucirse el momento de la partida ni espíarse por consiguiente el camino por el cual los patriotas se internarian.

Si a los suyos los mantenía en una completa oscuridad sobre sus designios, a los enemigos los engañaba con todo jénero de artificios. Con el objeto de desorientarlos mas i mas acerca de la direccion que seguiria, destacó tres pequeños cuerpos al mando de los tres oficiales Cabot, Lémus i Freire, que debían presentarse al mismo tiempo el uno por Coquimbo, el otro por el Portillo i el tercero por Talca, con la intencion de que los españoles se dispersasen por acudir a la defensa de estos tres puntos, temiendo ver aparecer en alguno de ellos al grueso del ejército.

Tomadas estas disposiciones, cuando se acercó el momento de cruzar los Andes, despachó a Buenos-Aires un propio para poner en conocimiento del gobierno que había fijado para su salida el 17 de Enero de 1817 i solicitar en consecuencia su aprobacion, advirtiéndole que si no recibía respuesta antes de esa fecha, como todos sus preparativos le obligaban a salir en el plazo señalado, supondria un consentimiento tácito i se pondria en marcha sin aguardar contestacion. Una circunstancia especial contribuía a hacer en extremo notable este mensaje. El conductor encargado de llevarlo disponía de un tiempo tan angustiado para desempeñar su comision, que si se detenía un solo día en la capital, a su vuelta no alcanzaba al ejército en el campamento, cosa que cuidó San Martín de anunciar al director. El jeneral había esperado la última

expedición la defensa de ellos en cualquier evento imprevisto. Así estimo que mediante mis reclamos no solo queda U.S. a cubierto, sino que se halla en la obligacion de auxiliarme con todas sus fuerzas. — Los motivos que U.S. espone en su contestacion de 16 no deben embarazarle, las averias de sus buques son de fácil remedio en Valparaiso, i lo mismo la falta de tripulacion i aun el completo de guarnicion a que yo provere con todo esfuerzo. no menos que los caudales precisos para las obras i demas habilitacion. Se le agregará la corbeta Sebastiana, i si considera factible arinar otro buque mercante, como la fragata Gobernadora que se halla igualmente en Talcahuano, todo se aprontará. De esta suerte compondrá unas fuerzas visiblemente superiores a las enemigas compuestas de embarcaciones particulares armadas, con la ventaja de poderlas batir desunidas i con las averias que necesariamente deben padecer a la bajada del cabo de Hornos. — Pese U.S. tan graves razones i los incalculables e irreparables daños de omitir esta empresa que se le presenta de recomendar su celo i mérito en el mayor servicio del Soberano que puede emplearse hoy la marina real en el océano pacífico. En este concepto yo por mis obligaciones al Rei i al Reino no puedo dejar de insistir en la condescendencia de U.S. Cualquiera infraccion de las órdenes superiores que tenga recaerá sobre mí. De no conseguirlo serán del cargo de U.S. las resultas, i responderá de esta protesta a S. M. i Exmo. señor Virrey a quien daré cuenta con ella, despachando a esta diligencia un buque tan pronto como me deje U.S. abandonado a la suerte azarosa de los enemigos, que no tengo medios ni otras fuerzas en esta parte con que resistirles. — Dios guarde a U.S. 17 de Diciembre de 1816. — Marco.

hora para remitir el correo, a fin de evitar con esta premura las vacilaciones i demoras de la autoridad central, que le habrian espuesto a fracasar. Sabia que Pueirredon i el ministro de la guerra don Márcos Balcarce eran poco adictos a la espedicion, i trataba de impedir con aquella precipitacion estraña en un asunto de tamaña importancia, que una providencia aconsejada por la timidez o la indicision desbaratase todos sus aprestos, fruto de tantas fatigas i meditaciones. Si el jefe supremo del estado trepidaba en darle la orden de marchar adelante, él estaba dispuesto a hacerlo sin aquella formalidad; porque sabia que una victoria le absolveria de todo reato, i un desastre al otro lado de los Andes, siendo imposible la retirada, le costaria la vida, tuviera o no tuviera la aprobacion del director. Lo que habia previsto sucedió. Pueirredon i Balcarce, que temian echar sobre si la responsabilidad de una empresa que a cualquiera otro que no fuera San Martin, parecia en extremo peligrosa i aventurada, para descargarse sobre este del peso de la determinacion demoraron la respuesta hasta que supusieron que se habia puesto en marcha.

En efecto San Martin no habia titubeado, e inquietándose lo ménos del mundo por la tardanza de la contestacion del director, la vispera del día que tenia fijado para salir, habia convocado un consejo de los principales jefes, a quienes confió en tónces por la primera vez el fin que se proponia i los medios de realizarlo.

A la siguiente madrugada, 17 de Enero de 1817, partió por el camino de Huspallatá el coronel Las-Heras con el batallon núm. 11. reforzado con 30 granaderos a caballo i dos piezas de montaña. A alguna distancia iba a su retaguardia el gran parque de artilleria, que en los parajes inaccesibles a las bestias de carga era necesario arrastrar a fuerza de brazos. El objeto de esta pequeña division era atraer la atencion del enemigo hacia aquella parte para facilitar el pasaje del grueso del ejército, que venia por los Patos.

San Martin organizó sus tropas en tres divisiones: la de vanguardia a las órdenes del mayor jeneral Soler, la del centro a las de O'Higgins i la retaguardia bajo su propio mando. El 18 el ejército comenó a salir del campamento, que acabó de evacuar el 19, dejándolo como estaba rodeado de guardias de milicias, de modo que los mendozinos no supieron ni el dia ni la direccion de su marcha.

Principiaba San Martin a trepar las cordilleras, cuando uno de esos baqueanos, que corren por sus crestas casi con la velocidad de telégrafos eléctricos, llegó apresuradamente a anunciarle de parte del coronel Las-Heras, que su mayor don Enrique Martinez con 110 hombres habia tenido en el paraje denominado Picheutá, un encuentro con 250 realistas capitaneados por el mayor de Talavera don Miguel Marqueli, el cual se avanzaba a practicar un reconocimiento, i que despues de dos horas i media de fuego los patriotas se habian visto forzados a retirarse, a causa de la ventajosa posicion del enemigo i de la superioridad de su número; pero que Marqueli habia abandonado inmediatamente su puesto, dejando en el sitio algunos cadáveres i viveres. (22) Estaba el jeneral bajo la impresion de este suceso que abria la campaña, sino con una derrota, tampoco con una victoria, cuando apareció por el lado de Mendoza don Hilarion de la Quintana, conduciénd un pliego del supremo director, en que le intimaba que retrogradase con sus tropas, si no contaba con la seguridad del triunfo. San Martin se encontró colocado en una critica alternativa; continuar adelante era echar sobre sus hombros el peso de una responsabilidad terrible, retroceder era perderlo todo, porque si volvia a Mendoza, iba a desbandarse el ejército falto de paga i de viveres. No obstante, no tuvo siquiera un momento de irresolucion, incorporó en sus tropas a don Hilarion de la Quintana, que ignoraba el contenido

(22) Diario del jeneral Las-Heras.

del mensaje i se guardó en el bolsillo el oficio, a que solo contestó con el boletín de la victoria de Chacabuco. (23)

El ejército, que no sospechó absolutamente las angustias del jeneral, prosiguió impertérrito la marcha por entre las asperezas de los Andes, cuya aridez le precisaba a transportar consigo hasta el alimento de las cabalgaduras. San Martín, por si los españoles le acometían en las gargantas de la cordillera, no daba un paso sin fortificar inmediatamente los puntos favorables que se le presentaban, i sin acopiar en ellos provisiones para el caso de una retirada.

Aquí querriamos poder detenernos para referir con todos sus pormenores ese maravilloso pasaje de los Andes, que bastaría él solo para inmortalizar al ejército que lo emprendió, aun cuando no hubiera ligado su nombre a las batallas de Chacabuco i Maipo. Esas montañas estupendas, cuyas cúspides se pierden entre las nubes, cubiertas de nieves eternas i coronadas de volcanes, opusieron a su tránsito mas dificultades que las armas enemigas. El aspecto jeneral de esos cerros, que se suceden unos a otros en una progresion cuyo término no se divisa, con sus cimas blanqueadas por la nieve, como las olas por la espuma, es el de un vasto océano que un soplo poderoso hubiera petrificado en el momento que levantaba hacia el cielo sus aguas encrespadas por la tempestad. ¡Tan accidentada es su superficie, tan profundos sus valles, tan prodijiosas sus alturas! La semejanza indicada parece mas perfecta todavía, cuando se sabe que ese mar de piedra, tiene como el verdadero mar sus dolencias endémicas, i que las personas que lo surcan, están sujetas a una enfermedad llamada *puna*, que como el mareo hace sufrir agonias terribles al paciente. La dificultad de respirar, ocasionada por la rareza del aire que corre en las rejiones superiores es tan grande en los Andes, que durante el tránsito de los espedicionarios, batallones enteros se vieron obligados a detener su marcha i a sentarse en el suelo por no poder sacar el aliento de sus pechos jadeantes.

Esa barrera colosal que separa a Chile de las Provincias Argentinas, i donde rein un invierno perpetuo, tiene todos los inconvenientes del océano, sin tener ninguno de sus ventajas. En un viaje marítimo hai que conducirlo todo consigo so pena de perecer; pero el viento i el agua ejecutan gratuitamente el transporte, que en estos páramos estériles i escabrosos no puede efectuarse, sino a costa de los fatigosos esfuerzos del hombre. Para comprender bien todas las dificultades que los soldados tuvieron que vencer durante su marcha, baste advertir que a mas de sus pertrechos de guerra arrastraban consigo alimento para el hombre, forraje para el animal, tiendas en que guarecerse i leña con que calentar sus miembros entumecidos por el frio; porque en aquellas soledades graníticas no crecen árboles ni yerba, i no se encuentran asilo ni refujio contra la rigidez del clima,

El único camino que se presentaba para salir de aquel laberinto de montañas, en que se habian comprometido, era un angosto sendero que serpenteaba al borde de anchurosos barrancos cuya profundidad causaba vértigo, i que ofrecian en su seno espaciosa tumba para un ejército entero. A veces la vereda que seguian se angostaba tanto, que por un lado tocaban los transeuntes a la roca, i por el otro veian a sus piés el abismo en cuyo fondo mugian impetuosos torrentes con el estrépito de cataratas, mientras sobre sus cabezas contemplaban masas de piedra que parecian próximas a desprenderse al menor choque i arrojarlos al precipicio que costeban. En otras ocasiones eran subidas tan escarpadas o bajadas tan rápidas, que parecia imposible trepar o descender por ellas. Sin embargo todas esas dificultades fueron superadas: Con el favor de Dios los independientes no tuvieron el sentimiento de marcar su pasaje, dejando a su espalda los huesos de muchos de sus compañeros. Por mas que ha-

(23) Conversacion con don José Antonio Álvarez Condarco, que se encontraba con San Martín al tiempo de recibir dicho oficio.

yan dicho algunos historiadores, la muerte respetó sus filas. La intemperie produjo una que otra baja; pero la mortandad no fué cosa notable en la tropa. Este resultado debe atribuirse no por cierto a la suavidad de aquel camino abierto en la roca viva, sino a la prudencia con que el jeneral habia calculado todas las medidas de precaucion para proteger la vida de sus soldados. Prueba nuestro aserto lo costosos que fueron los medios a que tuvo que recurrir para conseguirlo. Mas de nueve mil mulas i ochocientos caballos herrados trajo consigo para trasportar el ejército i sus bagajes, i cuando llegó a este lado de la cordillera, mas de la mitad de las primeras habian perecido, i de los segundos solo ochenta se encontraban capaces de soportar un jinete. Pero en fin, poco importaban tantas fatigas, tantas penalidades que ya habian sido pasadas; poco le importaba a San Martin que su jente estuviera a pié; no son las cabalgaduras lo que escasea en los valles de Chile; i la victoria debia parecerle segura, porque atravesar los Andes era mas difícil que vencer a los realistas.

Miéntras tanto la division Las-Heras, despues de la corta refriega con Marqueli, que dejamos referida, habia continuado su ruta por Huspallata. Su valiente jefe llevaba en sus instrucciones marcada la marcha casi paso a paso. Ningun accidente digno de mencion le sobrevino hasta que el 4 de Febrero se encontró delante de la *Guardia*. Resolvió apoderarse de este punto militar en términos, si era posible, que los individuos de su guarnicion fueran pasados a cuchillo o hechos prisioneros, para que ninguno escapándose pudiera llevar la noticia al enemigo. Al efecto destacó al mayor don Enrique Martinez con 180 hombres i con la órden de que procurara que ni una sola persona se le saliera del fuerte. Aquel teniente, propio para servir bajo tan bizarro superior, asaltó la posicion con el ardor de quien deseaba que la funcion no se asemejara a la de Picheuta, se la tomó a la bayoneta i de los 106 hombres que la ocupaban solo 14 se salvaron, porque 50 quedaron prisioneros i los demas muertos.

Las-Heras, segun el itinerario que le habia designado San Martin, no debia posesionarse de Santa Rosa, sino el 8 de Febrero. Tenia pues que aguardar cuatro días antes de proseguir adelante, i durante ese tiempo estaba forzado a evitar todo combate so pena de desarreglar i de frustrar tal vez el plan jeneral de la campaña. Los movimientos de las diversas divisiones debian ser uniformes i medidos casi por reloj. Unas cuantas horas de atraso o de apresuramiento podian causar perjuicios inmensos, perderlo todo quizá. Las-Heras no lo ignoraba, i por cumplir con su deber de subalterno sumiso deseaba en esta ocasion aplazar toda contienda con tanta ansia, como habia experimentado en otras porque se aproximara. Pero lograrlo parecia difícil, pues era de suponer que los realistas tan luego como tuvieran conocimiento de lo ocurrido en la Guardia, se apresurarian a cerrar el paso a los patriotas i se pondrian sin tardanza en marcha contra ellos. Solo habia probabilidades de demorar el encuentro, aparentando retirarse i consiguiendo hacerlo creer. Fué este el arbitrio que tomó Las-Heras. Dió a su tropa la órden de retroceder, i en el momento de ponerse en camino con uno de los mismos prisioneros dirijió un oficio al primer jefe enemigo que encontrara, anunciándole que la suerte de los soldados que le habian tomado en Picheuta, seria la de los que acaba de capturar en la Guardia. Escusado parece decir que aquel mensaje no era mas que un pretexto para notificar a los godos la finjida retirada; pero no lo es advertir que la estratagemá surtió un efecto completo. Quintanilla, jefe del canton militar de Aconcagua, recibió la nota en Santa Rosa, precisamente cuando se estaba disponiendo a partir contra el cuerpo de insurgentes capitaneado por Las-Heras. El aviso le hizo vacilar sobre el partido que convendría adoptar, mas poco le duró su irresolucion, pues casi instantáneamente le llegó otro aviso, comunicándole que por el lado de Putaendo asomaba una columna enemiga. Entónces lisonjeándose con que por la parte de la Guardia habia cesado todo peligro, determinó correr a contener a los invasores por donde se presentaban, i abundó sin

ningun cuidado la villa de Santa Rosa, de la cual Las-Heras, merced a su ardid, no tardó en apoderarse con la mayor facilidad. (24)

La columna que aparecía por Putaendo era la vanguardia mandada por el brigadier Soler, quien al saber que se acercaban los españoles, dispuso que saliera a recibirlos el comandante Necochea con una partida de 80 granaderos, los únicos para los cuales fue posible proporcionarse caballos. La división de Quintanilla constaba de caballería e infantería i era estrémadamente superior en número, i como si eso no bastara, se habia posesionado del cerro de las Coimas i ocupaba una ventajosísima posición. Cuando los patriotas estuvieron a su vista, el comandante reconoció que sería una insensatez pensar en desbaratarlos en tal atrinchamiento, i finjiendo haberse atemorizado con su imponente aspecto, volvió las espaldas i comenzó a retirarse. Los godos se lo creyeron, i confiados en su superioridad i en la timidez de sus adversarios, se precipitaron a todo correr hacia la llanura, esperando que aquello sería no un combate, sino un desparramo i una carnicería. Pero sucedió mui al revés de lo que se habían imaginado, porque los granaderos que con su movimiento solo habian querido hacerlos bajar de la altura, volviéndoles caras de repente, les dieron tan feroz carga, que los acuchillaron i correataron en todas direcciones. Lo que sobre todo contribuyó a aterrorizarlos, fue el ruido inusitado de las vainas de latón que traían los insurjentes, pues hasta esta época solo se habian usado en Chile las de cuero. Los fújitivos no dejaron de correr, sino mui lejos, i cuando fueron a incorporarse con el grueso del ejército, comunicaron a sus compañeros el pánico que les habian causado los sablazos de los granaderos i la sonajera de sus vainas.

Las dos victorias parciales alcanzadas por Las-Heras i Necochea entregaron a San Martín la provincia de Aconcagua, i le permitieron procurarse víveres en abundancia, i lo que mas le importaba, montar su caballería. La división Las-Heras, que como hemos dicho, habia venido por el camino de Huspallata hasta Santa Rosa, se unió en esta villa con el cuerpo principal, que habia atravesado los Andes por los Patos. Así se habia ejecutado al pié de la letra el plan de San Martín sin que ninguno de sus cálculos le fallara, sin que ninguno de sus subalternos dejara de llenar perfectamente la parte que se le habia encomendado.

Antes de seguir a los patriotas en su marcha a Chacabuco, volvamos la atención a lo que pasaba entre los godos. Contaban con un ejército de 5021 hombres, que por lo tanto excedía en 4061 al de San Martín, que no alcanzaba en el momento de pisar nuestro territorio, sino a 3960; pero estaba esparcido a grandes distancias, fraccionado por batallones, por compañías, i no tenia absolutamente ningun jeneral bueno ni malo que lo mandara. Esto último parecerá increíble, inaudito; pero es la verdad. Corría ya ese mes de Febrero, en cuya mitad iba a decidirse la cuestion, i Marco i su círculo no pensaban en elegir un caudillo que condujera sus huestes a la batalla. ¿En qué se ocupaban esos hombres? cuál era su plan?

Un dia arriba de improviso el teniente coronel Marqueli, ha visto al enemigo, se ha batido con él en la misma cordillera, los invasores no vienen por el sud, van a atacar por Aconcagua. Los palaciegos pierden el tino, no saben qué hacerse. En su confusion llegan a persuadirse que son innumerables las tropas de San Martín, pues tambien les llegan noticias de que otras columnas aparecen por el sud. ¿Qué hacer? ¿Cómo concentrar ese ejército que han ido desmembrando por cada provincia, por cada departamento, por cada villorrio? No se han recobrado todavía de la sorpresa, de la primera impresion de terror, cuando he aquí que las malas nuevas se succeden sin interrupcion. La Guardia ha sido tomada; Quintanilla vergonzosamente derrotado. No hai remedio; o abandonan la capital, o tienen a su pesar que venir a las

(24) Diario del jeneral Las-Heras.

manos casi en las goteras mismas de la ciudad, porque el jeneral insurjente avanza i nada le detiene. Los propios salen en todas direcciones con orden a los comandantes de que se pongan en marcha sin tardanza, i se encaminen pronto a Aconcagua. Los batallones se apresuran, i corren al encuentro de sus adversarios. Pero ¿cómo van a batirse? ¿quién va a mandarlos? No lo saben. El jeneral en jefe no se les ha dado a reconocer, no se ha nombrado aun siquiera.

¿Qué negocio tan grave embarga las potencias de don Francisco Casimiro, para que no atienda a designar un jefe, ya que no es capaz de dictar otras providencias? ¡Está ocupado en arbitrar los medios de poner a salvo su equipaje, de impedir que los agresores se apoderen no del reino, sino de los lindos dijes que adornan sus salones! No somos nosotros los que le levantamos una calumnia pueril i ridícula, si careciera de fundamento; es él mismo quien lo dice en una carta confidencial, que vamos a copiar íntegra; porque patentiza cuales eran los grandes pensamientos que le absorbían en la hora del peligro, cuatro dias ántes de la batalla de Chacabuco. «Señor don José Villegas—Reservada—Santiago i Febrero 8 de 1817—Mi apreciable amigo: ya estará V. impuesto de los últimos sucesos de los Andes, i que estos no han sido tan favorables como me lo esperaba. Los enemigos por *todas partes* asoman en grupos considerables, i cada dia descubren mas sus ideas de comprometernos, llamándonos la atencion por todas partes para apoderarse a un tiempo mismo del Reino todo, o para dividir nuestras pocas fuerzas para tamañas atenciones. Si ocurro a ellas, segun se presentan, muy en breve disminuiré mi pequeño ejército con las pérdidas que son consiguientes; si me reduzco a la capital, puedo ser aislado; i pérdida la comunicacion con las provincias i ese puerto, me quedo sin retirada i espuesto a malograr mi fuerza, que pudiera desde luego contrarrestar la de los invasores. *si los pueblos estuvieran en nuestro favor; pero levantado el Reino en masa contra nosotros*, i obrando de acuerdo con el enemigo, toda combinacion es ayenturada, i todo resultado incierto. Por estos principios, i el hallarse mi tropa cansada con los continuos movimientos que he tenido que hacer con ella en las presentes circunstancias, me veo precisado a manejarme con toda la precaucion que dicta la madurez i la prudencia.»

«Sin otro motivo, por ahora, i atendiendo al mucho equipaje con que me hallo, i que me seria tanto mas doloroso el perderlo en la última desgracia, cuanto que se aprovecharan de él estos infames rebeldes, he resuelto remitir una pequeña parte a ese puerto, a cargo del portador que es mi mayordomo, a quien estimaré a V. le franquee una pieza en su casa donde pueda depositarlo con lo demas que vaya remitiendo en lo sucesivo; para que en un caso desgraciado, que no lo espero, sin embargo de la maldita sublevacion del Reino, me haga favor de embarcarlo con su persona en uno de los buques mejores que *haiga* en ese puerto, o en el Justiniano como que es de la real hacienda, procurando salvarlo a toda costa para que esta canalla no se divierta a costa de Marcó.»

«Por precaucion ya tengo anticipado a V. aviso para que tome todas las medidas mas convenientes para asegurar ese punto, i con igual objeto camina, como se lo tengo dicho en oficio de hoy, el señor Olaguer Felgu, pues este debe ser el punto de retirada de mis tropas. Por las mismas razones deberá V. embargar todas los buques que se hallen en ese puerto i los que vayan viniendo, sin permitirles la salida, i reservando siempre el objeto de esta providencia, que no conviene se trasluzca por ahora. Para lo cual será siempre bueno el honestar la prohibicion de su salida con *la recalada de la escuadrilla enemiga*—F. Casimiro Marcó del Pont.»

Esta carta no necesita comentarios. Basta leerla para figurarse al hombre que la firma. No se encuentran por otra parte palabras para vituperar como merece al mandatario menguado, que en semejante ocasion no atiende a su deber, sino a librar del

pillaje sus miserables fruslerías, i que en vez de meditar en los medios de resistir i de vencer, se entretiene en asegurarse los de la fuga. Al fin Murcó, cuando hubo provisto a tan serios e importantes intereses, vino a fijarse en elegir un caudillo que dirigiera sus tropas, i encomendó el cargo a don Rafael Maroto, comandante de los Taláveras.

Este caballero, recién electo jeneral de una division desorganizada, i cuyos batallones, fatigados todavía por la marcha, acababan de incorporarse unos a otros, no se reunió con ella, sino la antevispera de la batalla. En el campamento reinaba ese desaliento que siempre se apodera del soldado, cuando conoce que no hai sistema, cuando no se ve dirigido por una cabeza capaz i una voluntad firme. Habian perdido la conciencia moral de sus fuerzas, i antes de batirse, estaban derrotados. En los corrillos no hablaban de otra cosa, sino de la terrible carga de los granaderos de las Coimas, de los sanguinarios e implacables negros que formaban batallones enteros en el ejército patriota. Estas conversaciones solo servian para desanimarlos mas i mas; i lo peor era que no hallaban a su alrededor nada que los estimulara, nada que volviera a templar su valor; pues veian que la poblacion en masa se pronunciaba en su contra, i que aun los individuos que se ponian en contacto con ellos, pedian por lo bajo al cielo el triunfo de los libertadores.

Todo lo contrario sucedia en el ejército de San Martín. Los soldados tenian fé en un jeneral que con una mezcla admirable de prudencia i audacia habia principiado, antes de desbaratar al enemigo, por superar los obstáculos que le oponia la naturaleza misma. Sus primeras victorias les parecian el preludio de otras mas grandes todavía. Las simpatías que los habitantes se apresuraban a manifestarles, no hacian sino acrecentar su entusiasmo. Así estaban impacientes por pelear, i ardian por mostrar lo que valian a la faz de un pueblo que espectador interesado de la contienda, seguia sus menores movimientos con la mayor ansiedad.

El 11 de Febrero de 1817, San Martín abandonó la villa de Santa Rosa, i dió la orden de continuar adelante. Solo la cuesta de Chacabuco separaba ya a los combatientes. La jornada de ese dia fué corta. San Martín se empleó en estudiar el terreno, i en coordinar su plan de ataque. Hizo que sus dos ingenieros don Antonio Arcos i don José Antonio Álvarez le levantasen un croquis de la cuesta i sus cercanías, i cuando poseyó todos los datos, adoptó su partido i aguardó tranquilo que llegase el momento de la ejecucion.

Al amanecer del siguiente dia las tropas patriotas se pusieron en marcha. Iban repartidas en dos divisiones. La primera capitaneada por el brigadier don Miguel Soler, se componia de los batallones N. 4 de cazadores i N. 11, de las compañías de preferencia del N. 7 i del N. 8, de siete piezas de artillería, de la escolta del jeneral i del cuarto escuadron de granaderos a caballo. La segunda mandada por el brigadier don Bernardo O'Higgins constaba del grueso de los batallones N. 7 i N. 8, de dos piezas i de los tres primeros escuadrones de granaderos a caballo. Sobre la cima de la cuesta se divisaba un cuerpo de realistas, no mui considerable, dispuesto segun las apariencias para cerrarles el pasaje. La division Soler tomó por una vereda estraviada a la derecha del camino que va de Santa Rosa a Chacabuco, i prosiguió andando oculta por las serranías i sin ser apercebida de los que ocupaban la cumbre; mientras que la division O'Higgins marchaba por el camino real a la vista del enemigo, i en la actitud de tratar de desalojarle. Cuando esta última estuvo a tiro de fusil, sus adversarios, que la dominaban por la manera como estaban colocados, le dispararon una docena de fusilazos, a que no contestó, sino con el redoble de sus tambores i las tocatas de sus clarines. Pero como si aquellos sonidos tuvieran un prestigio mágico, los godos abandonaron en desorden su posicion, i huyeron desprecavidos cuesta abajo. Entónces O'Higgins, exhortando a sus soldados con la palabra

i el ejemplo, se precipitó tras ellos, habiéndose demorado apenas para recobrase del cansancio que les habia causado la subida. El terror de los realistas habia sido producido por la aparicion de la columna de Soler, que cuando ménos se lo imaginaban, se les presentó por su flanco izquierdo. Viéndose rodeados por esta evolucion, desesperaron de sostenerse, i solo pensaron en salvarse. Al mismo tiempo que O'Higgins perseguia por la espalda a los fujitivos, Soler guardando la misma disposicion que habia observado hasta aquel momento, continuó caminando por las quebradas de la derecha.

Cuando San Martín, que venia a la retaguardia, hubo llegado a la cumbre, su primer cuidado fué cerciorarse del estado de las cosas, i con el antejo de uno de sus ingenieros se puso a examinar el campo en todas direcciones, to mando juntamente noticias de cuantos le rodeaban. A lo léjos i allá en la planicie alcanzaba a distinguirse formada en batalla la linea de los enemigos. A mas corta distancia veíase a la division de O'Higgins correr encarnizada i a paso redoblado sobre los dispersos del destacamento que acababa de desbaratar con solo su presencia. El cuerpo de Soler habia desaparecido entre las irregularidades del terreno. Conociendo San Martín la impetuosidad del primero de estos jefes, calculó que nada le contendria, i que trabaria la pelea sin aguardar el arribo de la division de la derecha. Inquieto por una presuncion que todo hacia demasiado probable, despachó unos tras otros a todos sus ayudantes para ordenar al brigadier Soler que se apresurara en auxiliar a sus compañeros, i él mismo continuó adelante para ir a participar la suerte de los combatientes.

Los españoles contaban con dos batallones de infanteria, el de Talavera i el veterano de Chiloé, que ascendian como a 1500 hombres, reforzados con la correspondiente caballeria. Habian escojido una posicion ventajosa. Apoyaban su derecha en un barranco defendido con dos piezas de artilleria, i su izquierda en un cerro a cuya espalda habian colocado la caballeria, a fin de que los protejiese por detras. Como desde luego solo les acometió la division O'Higgins, no eran inferiores en número a los patriotas. La reyerta fué durante una hora porfiada i sostenida; el fuego bien graneado, i el coraje igual por ambas partes. La infanteria de los republicanos dió repetidas cargas a la bayoneta con O'Higgins a su cabeza, pero no pudo, apesar de su impetu, desbaratar la linea enemiga, a causa de que al coronel Zapiola le fué imposible segundarla por su costado derecho, pues teniendo para hacerlo que atravesar por la falda del cerro en que se apoyaba, la naturaleza del terreno impedia maniobrar a sus famosos granaderos i los esponia a recibir a pecho descubierto las balas del enemigo. Hallábase el combate en esta indecision, cuando dos compañías del N.º 1 de cazadores, que como se recordará pertenecian a la division Soler, habiendo recibido por medio del ayudante Álvarez Condarco la órden que trasmitia el general a todos los jefes indistintamente de que acometiesen sin tardanza, se dejaron caer al mando del capitán Salvadóres por ese mismo cerro que protejia la derecha de los realistas, i estorbaba las cargas de Zapiola. Miétras este asalto imprevisto e impetuoso desorganizaba aquel costado i permitia a la caballeria de la division de O'Higgins cumplir con su deber, el comandante don Mariano Necochea con el cuarto escuadron de granaderos se precipitaba por la espalda del mismo cerro e iba a embestir con un empuje irresistible a la caballeria española situada en aquel lugar. Los jinetes realistas recordando seguramente el encuentro de las Coimas, no tuvieron ánimo para resistirles, i amainando al primer choque, buscaron la salvacion en la lijereza de sus caballos. Muchos de ellos en la confusion de la huida fueron a estrellarse con la infanteria, i acabaron de desordenarla. Aprovechándose del desbarato, O'Higgins con sus valientes soldados, Zapiola i Necochea con los suyos, asaltaron, rompieron i atravesaron por varios puntos las filas de los godos. Por un movimiento de desespe-

racion, trataron estos todavía de defenderse, formándose en columna cerrada; mas la presencia de espíritu los habla ya abandonado, i esta maniobra mal ejecutada solo sirvió para que se declarara la derrota i comenzase la carnicería (25).

San Martín queriendo evitar a toda costa que los fujitivos se rehiciesen i fuesen a encerrarse en Santiago, hizo partir a escape en todas direcciones a sus ayudantes para que ordenasen a todos los jefes de caballería que los persiguiesen hasta donde les aguantaran los caballos. Este mandato fué cumplido demasiado al pié de la letra. Los sables que los granaderos traian afilados en el molejon, causaron destrozos espantosos. Despues se encontró un cadáver que habia sido materialmente rajado por un hachazo en dos porciones desde la cabeza hasta la parte inferior; hallóse tambien un fusil que habia sido rebanado de un sablazo (26). En los momentos de principiar la derrota, el comandante Necochea tenia rodeado con su escuadrón un piño de prisioneros; uno de ellos, instigado probablemente por la rabia, lanzó un tiro a quema ropa sobre un hermano de este jefe que servia en el mismo cuerpo. Apenas vió el comandante caer por semejante alevosía a su hermano sangriento i al parecer sin vida, cuando arrebatado por el sentimiento de pérdida tan sensible, gritó a su jente que sin dar cuartel a nadie acuchillasen a los dispersos. El escuadrón obediente a su voz emprendió la carrera, dejando marcado su pasaje con una huella de sangre, i no se detuvo hasta el portezuelo de Colina. A 700 se hace subir el número de realistas, que murieron en esta jornada, lo que para un ejército de 2500 hombres a lo sumo, era una mortandad horrible. Entre ellos se encontraron dos jefes que sucumbieron como bravos, Marqueli i Elorreaga. La pérdida de los patriotas fué mucho menor, i en la clase de oficiales solo se contaron dos de baja graduacion, Hidalgo i Gonzalez.

Como se ve, la batalla de Chacabuco no fué notable ni por la estrategia que desplegaron en ella los jenerales, ni por el número de combatientes, ni por lo reñido de la pelea. Los ejércitos no se estuvieron tiroteando durante dos dias, como sucedió antes en Rancagua. Los patriotas aun eran muy superiores a los realistas; nada tenia de extraño que vencieran. ¿Por qué entónces este hecho de armas es tan célebre, i por qué tan justamente célebre? Es porque para apreciar una batalla, no debe atenderse solo a lo que es en sí, sino tambien a los antecedentes que la han preparado i a los resultados que son su consecuencia. Si la victoria fué tan poco costosa para los republicanos en Chacabuco, eso lo debieron al prodijioso injenio i a la profunda prudencia de San Martín que, desde su gabinete en Mendoza, supo con sus ardides desarmar a los españoles en Chile i reducirlos a la impotencia de resistirle. Uno admira este combate porque suministra una prueba evidente de que aun en la guerra, cuyos resultados parecerian a primera vista depender de solo la fuerza bruta, la intelijencia lo puede todo; porque es la solucion prevista de un problema cuya incógnita se ha despejado por cálculos casi matemáticos; porque es la consecuencia precisa de preparativos que uno ha estado viendo ejecutar para arribar a este mismo fin. No es que nuestro ánimo sea atribuirle toda la gloria a San Martín, pues consideramos que les cabe parte no pequeña a los agentes de toda especie que tan hábiles se mostraron en secundarle; pero lo que queremos decir es que la accion no tiene en si nada de mas portentoso que tantas otras de la independencia. Toda su grandeza consiste en que es un acontecimiento cuya realizacion se ha estado disponiendo desde muchos meses antes, i que ha satisfecho plenamente las expectativas de los que lo han producido. Es un hecho que no debe nada a la casualidad, i que lo debe todo a la prevision humana. Si el ejército goda estaba vencido antes de venir a las manos, es porque las

(25) Hemos descrito la batalla de Chacabuco, guiándonos particularmente por datos que nos ha suministrado don José Antonio Álvarez Condarco, ayudante de San Martín en aquella jornada.

(26) Conversacion con el jeneral argentino Dehesa.

felices tramoyas de los insurjentes le habian hecho perder la conciencia de su poder. Si al pié de la cuesta no se hallaron reunidos los 5,000 soldados con que contaba Marcó, es a causa de la incertidumbre acerca del punto amagado, en que le habia colocado San Martin; es a causa de esa insurjencion de las campiñas que Rodriguez habia organizado. Pero no porque haya pasado como decimos, se deslustran en lo menor los timbres de los guerreros que asistieron a esta funcion. ¿Qué importa que no hayan peleado largas horas, qué importa que no hayan ejecutado en el campo de batalla difíciles i complicadas evoluciones, cuando han tenido que soportar durante muchos meses las mas rudas tareas, cuando han tenido que atravesar los Andes i medirse con la naturaleza antes que con el hombre?

Mientras patriotas i realistas reñian en Chacabuco, Marcó, que por un error de cálculo inconcebible no juzgaba tan próximo al enemigo, se ocupaba en Santiago de formar con las tropas que a cada momento llegaban de diversos puntos una buena division para que corriese en auxilio del cuerpo de Maroto. Ese mismo dia hizo salir por la mañana con aquel objeto al comandante don Manuel Barañao con su rejimiento de húzares de la Concordia, i él mismo quedó disponiendo las cosas necesarias para que por la tarde siguieran igual direccion dos batallones de infanteria, un rejimiento de caballeria i una brigada de artilleria. Por el camino Barañao tuvo noticias de que la batalla estaba trabada, i como el jeneral enviase a pedir socorro con instancias, apresuró el paso cuanto pudo. De trecho en trecho iba recibiendo partes que le comunicaban las peripecias del combate. Subia el portezuelo de Colina, cuando le salieron al encuentro los primeros fujitivos, i con ellos el oficial don Anjel Calvo, quien al mismo tiempo que le anunció el revés que acababan de experimentar, con esa temeridad producida por la desesperacion de una derrota, le aseguró que la victoria habiasido en estremo costosa para los invasores, que habian quedado casi tan maltratados, como los mismos vencidos, i que si una tropa de refresco caia sobre ellos en medio de su triunfo, el éxito no seria dudoso. La exasperacion, el amor propio humillado, el deseo de venganza hacian pintar a Calvo tan miserable la situacion de los patriotas, que fué hasta intentar persuadir a Barañao que bastaba una carga de su rejimiento para cambiar la faz de los sucesos; los vencedores se habian apoderado de la bodega de la hacienda de Chacabuco, i estaban entorpecidos por el cansancio i la embriaguez. Aunque al comandante no dejó de halagarle aquel proyecto, i aunque la primera impresion de la desgracia le hacia hervir la sangre en las venas, conservó sin embargo mas calma que su interlocutor para no atreverse a tomar por sí solo tan grave resolucion. Mandó hacer alto a su jente, i él se volvió a escape a Santiago, a fin de consultar la voluntad del presidente.

Encontró a Marcó a poco mas de una legua de la ciudad, en el lugar denominado la Palmilla, con esa division de que ya hemos hecho mencion mas arriba, i que marchaba a incorporarse al ejército. Le habló con el mismo tono con que a él le habia abordado Calvo, le infundió aliento; le hizo concebir la posibilidad de convertir la derrota en una espléndida victoria, enumerándole las fuerzas de que podian disponer; le persuadió que su idea no era un sueño; sin contar los muchos dispersos que indudablemente reunirian, el rejimiento de húzares que en aquel momento guardaba el portezuelo de Cotina, ascendía a 300 plazas, a otras tantas el de los dragones capitaneados por Morgado, el batallon Chillan i el auxiliar de Chiloé componian 1,000 hombres, Cacho mandaba una brigada de artilleria perfectamente provista i equipada (27); todos estos cuerpos estaban disponibles; ¿qué les impedia sor-

(27) El cómputo de estas tropas que hemos apuntado en el testo nos ha sido dado por don Manuel Barañao; pero Ballesteros en su Revista de la Guerra de la Independencia hace subir todavía a mucho mas su número. En un estado que forma de las fuerzas que le quedaban a Marcó despues de la derrota de Chacabuco, atribuye a cada uno de estos cuerpos lo que a continuacion se vé:

Batallon auxiliar de Chiloé. . . . . 630 hombres.

prender con ellos al enemigo? Marcó que siempre era de la opinion de la persona con quien hablaba, halló el plan admirablemente concebido i mui realizable, i convino en que Barañaó montando 900 infantes, sea a la grupa de sus húzares, sea en los caballos de reserva, se precipitaria sobre los vencedores i renovaria el combate. El comandante conociendo que no habia tiempo que perder, partió de nuevo a escape, para traer en persona su rejimiento a fin de trasportar la infanteria, i dictar algunas otras providencias que precisaban en las circunstancias. Mas apenas habria andado dos leguas, cuando le alcanzó un espreso del presidente con la órden de que se volviera sin tardanza, i aunque mui a su pesar se vió forzado a obedecer.

Era el caso que Marcó, irresoluto siempre i propenso a variar segun el individuo a quien oia, despues de la partida de Barañaó se habia puesto a tratar del asunto con Atero, uno de sus oficiales, i convencido por este de que la determinacion era imprudente i demasiado precipitada, habia accedido a su propuesta de someterla a un consejo de guerra. Apenas se desmontó de su caballo el comandante de los húzares, único a quien aguardaban, cuando los jefes convocados se agruparon a un lado del camino, i se pusieron a deliberar de pié i a cielo raso, entre los espinos que cubrian aquel campo. La discusion no fué larga. Todo se redujo a cambiar unas cuantas palabras. Uno propuso encerrarse en Santiago i parapetarse detras de sus murallas; otro retirarse al sud para reconcentrar las fuerzas i reorganizarse. Habiéndose adoptado este último partido, se acordó que los fujitivos de Chacabuco i la guarnicion de la capital debian dirigirse a Valparaiso para pasar de alli por mar a Talcahuano, mientras que los destacamentos esparcidos entre el Maipo i el Maule se encaminarian por tierra a la provincia de Concepcion. Las medidas mismas conducentes a este fin se tomaron mal i apresuradamente. Era evidente que miraban como mui próxima la vecindad de los patriotas, i que ansiaban por aumentar el espacio que los separaba. La mayor parte de aquellos militares no pensaban mas que en ganar terreno, en alejarse lo mas pronto posible, i en esta disposicion de ánimo tornaron a la ciudad.

Grandes eran la alarma i la ansiedad que ajitaban a Santiago. Con la noche se habian aumentado las incertidumbres del dia. Bien pocos eran los que estaban al cabo de lo que habia sucedido. Circulaban las noticias mas contradictorias. Cada uno racionaba segun su placer, i acomodaba los acontecimientos a su paladar. No cabia la menor duda de que el 12 de Febrero iba a ser el aniversario de un hecho importante i decisivo. Nadie ignoraba ya que aquel dia se habia dado una batalla. Pero ¿cuál habia sido el resultado? ¿habian triunfado los libertadores, o eran los godos los que estaban victoriosos? La ajitacion que habia reinado en palacio, las carreras de caballos, el movimiento de tropas, la zozobra de ciertos magnates, habian hecho presumir con mucha razon que el evento no era favorable para los opresores. Durante algunas horas aun la noticia de la completa victoria de San Martin se habia esparcido por todas partes, no habia hallado contradiccion en ninguna i habia aterrado a los sarracenos. Mas un poco despues un nuevo rumor viene a destruir el júbilo de los insurjentes i a volver la esperanza a sus adversarios. Es cierto se dice que el jeneral arjentino ha destrozado hoi la division de Maroto; pero tambien lo es que Barañaó ha caido de repente con la reserva sobre los vencedores desprevenidos i agobiados de fatiga, i les ha hecho pagar caro su primera ventaja. Una especie de sancion oficial confirma este susurro, i le da cierta validez. Las campanas de varias iglesias se ponen a celebrar con sus repiques el afianzamiento de la dominacion española.

Id. Chillan . . . . .	716	"
Rejimiento de dragones de Concepcion . . . . .	416	"
Escuadron de húzares . . . . .	150	"
Artilleria con 16 cañones . . . . .	250	"

A mas de estas fuerzas le restaban a Marcó muchas otras repartidas en diversos puntos. Véase la obra citada de Ballesteros.

Los patriotas se resisten a creer; porque no pueden persuadirse que Dios les haya señalado cercano el término de sus males, solo para hacerles en seguida mas insopor-  
table su continuacion; pero si buscan como convencerse unos a otros con sus pala-  
bras de que aquello no es mas que una mentira mal forjada, i si se empeñan por no  
manifestar en alta voz los temores que experimentan, en su interior la congoja de la  
duda les hace sufrir algo parecido a los dolores de aquel que no sabe si va a vivir o  
morir. En el primer momento de sorpresa no reparan que no hai tiempo para que  
Barañao haya podido ejecutar tal hazaña al pié de la cuesta de Chacabuco con la re-  
serva que acababa de salir el mismo dia de la ciudad. Contribuia sobre todo a asus-  
tarlos la seguridad con que lo afirmaban los godos, los cuales obrában en esto de  
buena fé; pues habiendo sabido la propuesta del comandante de los hùzares, arreba-  
tados por el deseo, habian dado por realizado lo que no era, sino un proyecto. Al fin la lle-  
gada de Marcó con su division, los preparativos de fuga que se hacen a toda prisa,  
el ruido de los cañones i de los rejimientos que abandonan la capital, cortan todas  
las disputas, aclaran todas las sospechas i descubren la verdad de lo que ha pasado.

La tropa habia venido en órden desde la Palmilla hasta Santiago; pero cuando a la  
media noche se dió la señal de la partida comenzó la confusion. Los jefes habian  
perdido la cabeza, i la desgracia los habia acoquinado hasta el estremo de no saber  
hacerse obedecer. A la claridad del sol el pundonor militar habia conservado la disciplina;  
pero ya se sabe que las tinieblas duplican el terror i quitan a la cobardía todo mira-  
miento. No habia salido aun la division de las calles de la ciudad, cuando los solda-  
dos principiaron a desertarse, i a buscar su salvacion cada uno por su lado. Los  
mismos que permanecieron fieles bajo las banderas, se pusieron en camino sin res-  
petar la línea i sin ser dirigidos por sus jefes respectivos. Marchaban a discrecion, en  
pelotones, revueltos los de a caballo con los de a pié, dando gritos i disparando por  
diversion al aire sus fusiles. Al acercarse a la pirámide de San Pablo, se formó un  
tropol espantoso; todo fué balazos, tumulto i algazara. A causa del desórden con que  
iban, se habian embarazado ellos mismos el pasaje; i como hasta su propia sombra  
les infundia miedo, creyeron que el enemigo los habia cercado i que se preparaba  
a degollarlos. Trabajo les costó persuadirse que su alarma era infundada i resolverse  
a proseguir su fuga. Pero al fin cerciorados de que eran sus vultos los que les  
asustaban, recobraron ánimos para continuar, i avanzaron sin accidente hasta la  
cuesta de Prado. Aqui se apodera otra vez de los fujitivos un nuevo i mas formida-  
ble pánico. Los patriotas van a caer sobre ellos, i no hai como evitarlos; cada uno  
debe atender a su seguridad i tratar de escaparse como Dios le ayude. En unos cuan-  
tos minutos esa persuacion, que no es mas que un fantasma producido por la fiebre  
del temor i la ansiedad de la huida, se difunde como el relámpago por entre toda  
aquella multitud compacta i confusa. Nadie piensa en preguntar quién ha traído el  
aviso, por dónde se descubre a los insurjentes i en qué número se acercan. Aquellos  
militares, entre los cuales se contaban sin duda muchos bravos, que habian despre-  
ciado la muerte en mas de una ocasion, estaban completamente amilanados i no se  
habrian reconocido ellos mismos. ¡Tanto es lo que abaten aun a los hombres mas  
fuertes las grandes catástrofes, como aquella de que eran victimas! En lugar de pro-  
curar resistir como soldados, inutilizan apresuradamente la artillería, despedazan las  
armas, desarrajan los cofres en que se conducian 300000 pesos del erario público<sup>6</sup>  
i los ménos delicados, oficiales i subalternos, se los reparten, como si fuera botin.  
Desde entónces se concluyó la poca subordinacion que habian observado aquellas re-  
liquias del grande ejército de Marcó, i casi no se encuentra nombre para espresar la  
desorganizacion completa en que la mayor parte siguió corriendo hacia Valparaiso. (27)

(27) Casi todos los pormenores que acaban de leerse nos han sido suministrados por don Manuel Ba-  
rañao.

Veamos ahora lo que sucedía en este puerto. En la tarde del 13 de Febrero había llegado la noticia de la derrota que habían sufrido los realistas en Chacabuco, i tras de la noticia habían comenzado a entrar unos en pos de otros numerosos grupos de fujitivos. Alborótese el pueblo, como era natural. Las autoridades, estupefactas i acongojadas bajo el peso de tan infausta nueva, se quedaron inactivas i con los brazos cruzados. El gobernador Villégas, que había sido uno de los sátrapas mas insolentes i despóticos del gobierno español, perdió con la desgracia su arrogancia i altanería. La ciudad cayó en una especie de acefalia. Los comprometidos lo desatendieron todo por ocuparse de sus preparativos de fuga. Los dispersos que en gran número iban entrando, con el azoramiento de la derrota, esparcían la voz de que los vencedores venían casi pisándoles los pasos, i acrecentaban la turbación con sus exajeraciones. Entre tanto el ruido de la calle había penetrado no solo por las macizas puertas del castillo, sino que atravesando por sobre el mar, había introducido el alarma en la tripulación de la fragata Victoria, que estaba anclada en la bahía. Es de advertir que tanto en la fortaleza, como en este buque, estaban encerrados una multitud de prisioneros políticos, que no habían alcanzado a ser trasportados a Juan Fernández, a causa de los muchos confinados que había habido que conducir en aquellos últimos tiempos. Entusiasmados unos i otros con el triunfo de su causa, i aprovechándose del estupor de sus guardianes, se sublevaron i arremetieron contra ellos. Los del castillo no tuvieron gran dificultad en apoderarse de las armas, hacerse abrir las puertas i confundirse entre la muchedumbre despues de haber cambiado una docena de tiros con los soldados fatigados por la marcha, que se les ponían por delante. Pero los de la Victoria tuvieron que trabajar algo mas, ántes de obtener su libertad. Poco les costó meter en la bodega al capitán Vargas i a los chilotes que los custodiaban; mas cuando se encontraron señores de la nave i dueños de salirse, se estrellaron con el inconveniente de que no sabían gobernar los botes i de que la fragata de guerra Bretaña estaba a su costado i los tenía bajo sus fuegos. Entraron en deliberación, pero el remedio no se les presentó. Entónces los más jóvenes, entre los cuales se contaban don Santiago Buéras i don José de los Santos Mardónes, llenos de impaciencia i prefiriendo correr cualquier riesgo, mas bien que conservar la vida dentro de aquella cárcel ambulante, se despidieron de los compañeros a quienes el fardo de los años les impedía imitarlos, saltaron en el bote i principiaron a dirigirlo a la ribera, como mejor podían. Aunque observaban el mas profundo silencio, no lograron burlar tanto como habría sido preciso la vijilancia de la Bretaña, la cual luego que los percibió, destacó en su persecucion una de sus lanchas. Cuando esto sucedió, faltábales todavía algo a los patriotas para abordar a la playa, i conociendo que si permanecían en el bote, iban sin ninguna duda a ser cojidos, no vacilaron en precipitarse al agua, encaminándose a diversos puntos para dividir la atencion de sus perseguidores. Como la ribera no estaba muy lejana, todos consiguieron salir sin otro daño que el de haberse empapado, i metiéndose por las calles i quebradas, desorientaron a los realistas. Los prisioneros que quedaron a bordo, fueron despues desembarcados por los mismos godos, a quienes no les convenia ocupar con semejante carga, un lugar que no alcanzaba a contener ni con mucho a todos los que solicitaban ser embarcados. (28)

Entre los derrotados llegó a Valparaiso don Rafael Maroto, que tan poco lucido había quedado en la primera funcion de armas que le había tocado mandar. Fuése inmediatamente a reunir con Villégas, i los dos probablemente se entretuvieron en llorar su infortunio, pues no adoptaron ninguna de las muchas providencias que reclamaban las circunstancias. Mientras se referían sus cuitas en el interior de la casa

(28) Conversacion con el jeneral Aldunate.

Del gobernador, a fuera en la ciudad rujía el motin. Los pelotones de soldados, rompiendo todos los diques de la subordinacion, se entregaban a la licencia mas desenfrenada. Se les habia asociado el populacho, que sintiéndose libre de toda sujecion, amenazaba al vecindario con actos de violencia i de pillaje. Toda la estension de la playa estaba llena de jente, equipajes i cabalgaduras. Desde luego los fujitivos habian procurado salvar sus personas i sus efectos; pero bien pronto habian comprendido que tenian que descuidar completamente los segundos i dar gracias al cielo si conseguian pasar ellos mismos a bordo. En aquel momento solo habia once buques en la rada. Los primeros que habian venido, i muchos de los habitantes de Valparaiso, se habian apresurado a refugiarse en ellos; i los capitanes no habian tardado en conocer que si permanecian dentro del puerto, sus embarcaciones se hundirian bajo la multitud de pasajeros que exijian ser admitidos con el derecho de la necesidad i de la fuerza. Para evitar este riesgo i libertarse de compromisos, habian desplegado sus velas i se habian ido a colocar a una gran distancia fuera de la bahia. Cuando se des cubrieron sus intenciones, la desesperacion se apoderó de los que quedaban desamparados en la ribera. En la imposibilidad de saciar su despecho, desfogaron su furor con gritos frenéticos i acciones de locos. Unos rompian los fusiles i despedazaban sus casacas; otros buscaban en el saqueo una compensacion de su abandono. Mezclábanse en aquella batahola los reniegos, las maldiciones, los lamentos, las injurias de hecho i de palabra. Aquellos hombres unidos poco ántes para la defensa de una misma causa, se miraban ahora como enemigos implacables, se aborrecian a muerte, pues cada uno veia en los otros, competidores, estorbos para su fuga.

En medio de este desorden una lancha atracó a la playa, i dos oficiales seguidos de unas cuantas personas se encaminaron como a embarcarse en ella; pero tan luego como lo sospecharon muchos Ta'averas que por alli estaban, los rodearon i se dispusieron a impedirlo. Entónces aquellos dos personajes se dieron a reconocer por Maroto i Villégas; mas a pesar del respeto que los soldados acostumbraban tributar a su coronel, no le dejaron el paso libre i comenzaron a echarle en cara la indolencia que mostraba por su suerte. Para escapar a sus reconvenciones i lograr que no le detuvieran, Maroto tuvo que recurrir en esta estremidad a disculparse, alegando que el objeto de su partida no era otro, sino ir en persona a ajenciarles botes i lanchas que los condujeran a los buques. Gracias a esta esplicacion pudo continuar; pero los otros, por mas que aguardaron, nunca vieron acercarse las embarcaciones prometidas. No podriamos decir si les hizo el ofrecimiento de buena o mala fe; pero lo cierto es que no lo cumplió. Apenas embarcado en la Breña, las once naves recibieron la orden de darse a la vela. Es verdad por otra parte que habiéndose apoderado el pueblo de los castillos, habia principiado a lanzar balas contra ellas, aunque sin acertarles, pues se hallaban fuera del alcance de los tiros. Así fueron dejados en tierra, i así perdieron los realistas tantos hombres, cuantos habrian sido suficientes para formar una brillante division. Todos ellos o se dispersaron o cayeron prisioneros en manos de los independientes.

El convoi partido de Valparaiso en la mañana del 14 de Febrero, hizo escala en el Huasco, i en seguida dirijió su rumbo hacia el Callao, adonde arribaron en diversos tiempos los buques que lo componian.

Ya que hemos referido la disolucion del grueso del ejército goda, parece llegada la ocasion de contar cuál fué la suerte que corrió Marcó despues de la derrota. Este cuitado tan cobarde el dia del peligro, como bárbaro en la prosperidad, habia sido uno de los primeros en dar la señal de la fuga. Al principio no hizo mas que seguir la corriente que arrastraba la emigracion a Valparaiso; pero previendo probablemente los obstáculos que iban a embarazar la partida en aquel punto, cambió de direccion i se encaminó acompañado de varios de sus palaciegos al puerto de San Antonio, endonde

sabía que se encontraba el bergantín San Miguel. Aquella má rcha precipitada fué para él un verdadero martirio. Habitudo al suave rodado del coche, el galope del caballo le era insoportable. Afeminado por una vida regalona i sibarítica, su cuerpo delicado no era propio para resistir ni los sacudones de la carrera ni las asperezas de las veredas por las cuales se precipitaban, a fin de ganar terreno. Mas de una vez imploró de sus compañeros que acortasen el paso, pues de otro modo le seria imposible continuar. Las numerosas paradillas que ocasionó el cansancio del presidente, retardaron considerablemente a los viajeros. Sin embargo todos, lastimados por los padecimientos del pobre Marcó, deseaban con ansia arribar a San Antonio, no solo para verse en fin a salvo, sino tambien para que se repusiera de sus fatigas. Pero la casualidad, o mas bien la Providencia, que queria castigarle por sus crímenes, le hizo llegar a destiempo, cuando ya el buque habia salido, i solo para contemplar desde la playa las velas que, como su esperanza, se desvanecían entre los vapores del horizonte. Las personas de su comitiva comprendiendo que en su situacion no les restaba otro arbitrio que el arrojo, quisieron alcanzarlo en una de las canoas de los pescadores; pero don Francisco Casimiro, que se estremecía de espanto a la idea de arrostrar el furor de las olas en tan frágil esquite se puso a llorar como un niño, i les suplicó de rodillas que desistiesen de su temerario proyecto, i no le dejasen desamparado en tan duro trance. Las lágrimas i ruegos del capitán jeneral despertaron la compasion de los amigos que le rodeaban, i enternecidos con la humillacion actual de aquel hombre, que estaban acostumbrados a ver dictar órdenes con la altivez de un monarca absoluto, consintieron en participar su destino a riesgo de perderse. De San Antonio se encaminaron de nuevo a Valparaiso; mas durante el tránsito fueron sorprendidos en el fondo de una quebrada, escondidos entre las malezas, por don Francisco Ramirez, quien habiendo sido auxiliado por el destacamento del capitán don Félix Aldao, los apresó al frente de una partida de inquilinos, i los remitió a Santiago.

Tanta era la fermentacion que contra Marcó reinaba en la capital, que para evitar que el populacho le insultase groseramente o matara a pedradas, fué preciso entrarle oculto en una calesa. Habiéndosele conducido a la presencia de San Martin, este le recibió con la mayor frialdad i mirándole de piés a cabeza sin moverse de su asiento; mas el prisionero no desconcertándose a pesar de una acojida tan glacial i poco cortes, se adelantó teniendo en la mano una espada pequeña, proporcionada a su talla i notable mas bien por el lujo de las cinceladuras, que por el temple del acero, i con gran ceremonia se la alargó al vencedor diciéndole: era el primero a quien la rendia en su vida. Esta ráfaga de orgullo se disipó a la primera palabra de San Martin que, contestándole con desden la conservase, pues no la necesitaba para nada, le alargó a su turno el bando en que ponía precio a su cabeza i a las de los principales caudillos del ejército libertador. A su vista Marcó se turbó todo, como si se le hubiera presentado su sentencia de muerte, principiò a balbuciar las excusas mas pueriles, i al fin no halló mejor disculpa que arrojar sobre sus ministros la responsabilidad de aquel escrito. San Martin se divirtió todavia un largo rato en prolongar con sus reconvenciones i cargos la turbacion i ansiedad de don Francisco Casimiro, i cuando se cansó de aquel entretenimiento cruel, le despidió sin dejarle entrar que resolución tomaria acerca de su persona. A los pocos dias ordenó que saliera desterrado para las Provincias Argentinas, donde al cabo de algun tiempo el relamido i suntuoso capitán jeneral murió despreciado i olvidado de todos (29).

Casi simultáneamente con la batalla de Chacabuco, el comandante Cabot se apo-

(29) Conversacion con don José Antonio Álvarez Condarco, que se hallaba presente a esta entrevista.

deraba de Coquimbo; don Manuel Rodríguez de San Fernando i el teniente coronel don Ramon Freire de Talca. De estas tres expediciones, las dos primeras no ofrecen ningun accidente notable; pero no así la tercera. a cuyos hechos prestaremos por este motivo alguna mas atencion. Capitanéabala, como queda dicho, don Ramon Freire, ese mismo que hemos visto romper el 2 de Octubre de 1814 la línea de los sitiados de Rancagua, ese mismo que hemos visto mas tarde formar parte del corso de Brown i distinguirse en el asalto de Guayaquil. Todo lo que traia consigo se reducía a 100 infantes i 20 jinetes, i segun sus instrucciones debia procurar hacer creer a los españoles que este puñado de hombres era nada ménos que la vanguardia del ejército invasor. Al principio venia con la intencion de dejarse caer a Chile por el Planchon, boquete de la cordillera que sale a Curicó; mas habiendo sabido que guarnecian este punto dos fuertes rejimientos de caballeria mandados por Morgado i Lantafío, cambió de direccion i se encaminó por el de Cumpeo, que desemboca a los valles de Talca. Cuando se aproximó a las últimas serranias de la cordillera, aguardó para pasarlas que comenzara a anochecer, i en seguida sin darle descanso, hizo que la mayor parte de su tropa volviera atras, para que al siguiente dia mudando de uniforme, apareciera de nuevo por el mismo lugar. Por tres o cuatro veces le mandó ejecutar esta evolucion, a fin de que los habitantes tomaran por una division formal su reducido destacamento. El ardid surtió el efecto deseado, i no tardó en esparcirse por toda la comarca que la vanguardia de los patriotas habia pisado ya el territorio de Chile. A esta nueva corrieron a incorporarse con ella muchos individuos de todas jerarquias, i bien pronto Freire vió agruparse en torno suyo un número considerable de hombres. Pero como habian acudido en la persuasion de que iban a reunirse con el ejército, cuando descubrieron que lo que habian creído tal, no era sino un peloton de soldados, principiaron a separarse poco a poco, pesarosos de haberse comprometido tan precipitadamente; i mui luego de tanta multitud el jefe insurjente no vió a su lado, sino a Neira con su guerrilla i a unos cuantos de los mas animosos. Sin embargo no se desalentó, i ansioso por obrar marchó cautelosamente contra uno de los rejimientos que los realistas habian destacado hacia la cordillera. Encontrábase este acampado en un potrero. Freire se acercó en el mayor silencio, i sin ser sentido; pero al tratar de abrir un portillo para penetrar adentro, el centinela hizo fuego i dió la voz de alarma. Mas el aviso de nada sirvió a los godos; pues una descarga cerrada, que les lanzó instantáneamente la infanteria por sobre la cerca cojiéndolos desprevenidos, los puso en completo desórden, i un impetuoso ataque de la caballeria concluyó la dispersion. Algunos de los fujitivos, que fueron a rematar en su carrera hasta Talca, aseguraron al comandante Piedra, que hacia de gobernador, que se habian batido con una de las divisiones del ejército de San Martin. Este lo creyó, i no hallándose capaz de tenérselas con fuerzas tan superiores, huyó para el sud con la guarnicion i los caudales. Por esta circunstancia Freire entró a la ciudad sin verse forzado a disparar un solo tiro. A poco de hallarse en esta posicion, le llegó la noticia de la victoria de Chacabuco, i tras de esta, lade que el realista Olate con un cuerpo de los derrotados se dirijia hacia Concepcion por el camino de la costa. Freire no perdió tiempo, salió al encuentro de los fujitivos, i los capturó a todos ellos junto con su armamento i un rico convoi, en el cual se comprendian varias barras de oro, que depositó relijiosamente en las cajas del erario sin reclamar para sí la parte de presa que le correspondia.

Los acontecimientos referidos trajeron por consecuencia la evacuacion casi total del territorio por los españoles, el agotamiento de sus fuerzas, la pérdida de sus principales caudillos, a quienes arrebató de sus filas la muerte o la prision. De toda esa dilatada rejion, que se estiende desde el desierto de Atacama hasta la Araucania, donde habian dominado por mas de dos años como señores, solo les quedó un puer-

to en una de sus estremidades. Las reliquias del numeroso ejército godó, escapadas de los desastres anteriores, perseguidas por los patriotas victoriosos de atrincherramiento en atrincherramiento, tuvieron al fin que refugiarse en Talcahuano con el valiente i hábil coronel Ordoñez. Con excepcion de ese punto, todo el resto se vió libre de sus opresores, i el ejército de los Andes pudo decir: «En veinte i cuatro dias hemos hecho la campaña, pasamos las cordilleras mas elevadas del globo, concluimos con los tiranos i dimos la libertad a Chile» (30).

Sin embargo la lucha no estaba terminada, i habia que añadir aun varios actos al drama sangriento de la revolucion. Pero aunque el triunfo definitivo estuviera lejano, desde entónces podia asegurarse que seria inevitable. Durante la reconquista, los procónsules de la España habian hecho un servicio inmenso a la causa de la independencia; pues con su bruto despotismo, con sus torpes demasias habian demostrado prácticamente a los criollos la sinrazon de su autoridad, i habian logrado convertir su respeto a la Metrópoli en odio encarnizado. Nunca debe creerse mas próximo el reinado de la justicia, que cuando alguno de esos sistemas que se fundan en la iniquidad es llevado a sus últimas consecuencias. Nada resiste a la evidencia de los hechos, i el mejor medio de probar a un pueblo la absurdidad de un réjimen cualquiera es dejar que lo esperimente. Los sofismas pueden oscurecer la verdad de las palabras; pero la esperiencia es un argumento que no tiene réplica. Cuando los hombres del año diez atacaron la dominacion de la España con racionios, muchos no quisieron escucharlos, calificaron aun sus teorías de blasfemias contra el cielo; pero lo que no consiguieron esos varones ilustres, lo consiguieron Carrasco, Ossorio i Marcó con sus torpezas, con su desden insultante por los colonos, con sus infultas de conquistadores, con su desprecio por todos los derechos. Los que principalmente convirtieron al patriotismo a la mayoría de los habitantes, fueron esos tres últimos representantes de la Metrópoli, que nacidos en países estranjeros pasaron por Chile, arrojando a la cárcel los ciudadanos mas beneméritos, entregándolos a veces al verdugo, robándoles su dinero, ultrajándolos de todos los modos imaginables, para ir a morir oscuramente en comarcas lejanas, despues de haber cruzado por el cielo azul de Chile como esos fúnebres cometas que, segun las creencias populares, traen consigo la desolacion i la muerte. ¡Bendito sea Dios que les permitió ejercer su despótico imperio sobre nuestra patria para que abrican los ojos de los ciegos a la luz de la verdad, i los oidos de los sordos a la voz de la justicia!

---

## ISLA DE JUAN FERNANDEZ. (1)

---

Los sucesos ocurridos en las prisiones i en los lugares destinados a la deportacion, deben ocupar algunas pájinas en ese infausto período de nuestros anales, que se abre con la derrota de Rancagua i concluye con la victoria de Chacabuco. Los su-

(30) Parte de la accion de Chacabuco, dado al gobierno argentino por el jeneral San Martín.

(1) Para escribir este capítulo, a mas de la obra del Sr. Egaña, titulada el Chileno consolado en los presidios, hemos consultado los manifiestos que dirijieron los confinados al virrey o al capitan jeneral, i los datos orales que nos han suministrado el jeneral don Manuel Blanco Encalada i don José María Argomedo.